¡VIVA LA CONFEDERACION ARGENTINA!

¡MUERAN LOS SALVAGES UNITARIOS!

LA GACETA MERCANTIL.

DIARIO COMERCIAL, POLITICO Y LITERARIO.

AÑOS 24 de su publicacion. No. 7,078 BUENOS AIRES, Sabado 5 de Junio de 1847.

Revista de Periódicos Nacionales.

EL EDITOR.

Del suicidio del Ex-Encargado de Negocios de Bolivia.

La atencion pública, casi enteramente concentrada en el curso de los acontecimientos políticos, ha sido ultimamente distraida por un suceso lamentable. El Coronel D. Manuel Rodriguez, que habia desempeñado por algun tiempo las honorables funciones de Encargado de Negocios de la República de Bolivia cerca del Gobierno de Buenos Aires, atentó á sus dias en la noche del 15 de Marzo en uno de los puntos mas desamparados de la ciudad. La posicion que habia ocupado, las relaciones que habia adquirido, su conducta, sus modales, y la compasion que naturalmente inspira un término tan desgraciado, todo ha contribuido á dejar una impresion dolorosa en el público. Las prolijas investigaciones del Departamento de Policia derramaron tanta luz sobre este hecho, que se reconoció un suicidio, inspirado por embarazos domésticos, que se hacian cada dia mas premiosos y urgentes.

Habiendo cesado en su mision, y obligado á regresar á su patria, habia tocado todos los resortes para salir con honor de un pais en que habia ocupado un lugar distinguido. Nada pudo conseguir, porque en realidad nada tenia que ofrecer á los que podian auxiliarlo. La autorizacion ó credencial que quiso negociar pareció equívoca, y este fué el motivo que retrajo al que la propuso, brindándolo con el premio exorbitante de un 20 por ciento, y mucho mas excesivo si se considera que el beneficio que resultaba á la casa aceptante era de 800 pesos por una anticipacion de 1,200, y en el término de cerca de dos meses que tardaria á recibirse la contestacion de Bolivia. Destituido de todos los medios de existencia, hasta de los mas precisos para conservarla, agotados todos los recursos, y desairado en sus últimas esperanzas, se suicidó.

De su posicion habló, aunque incompletamente, en los apuntes que dejó escritos para el Comandante Corte, agregado á la Legacion Boliviana, en el caso que se verificase una tentativa de asesinato que se meditaba en Montevideo contra su persona. »*Todo lo he vendido para sostenerme*.....*No tengo* »*mas que mi ropa de uso y mis papeles.* Y lo que mas le inculcaba era tomar, ó hacer tomar una razon de sus deudas,» para que sean pagadas por el Gobierno, »ya sea á cuenta de mis sueldos, ya por mis servicios, porque no »es justo que mis acreedores padezcan en sus intereses despues de haberme »prestado un servicio.» A tal grado habian llegado sus necesidades, que echó mano de los pequeños ahorros que le habia confiado su criado; y una basca, que estaba al cuidado de su casa, tenia que salir á la calle á mendigar algun dinero de sus propios compatriotas para suplir á los gastos diarios. Aun así, no habia como pagar al panadero, al almacenero, al sastre, y á los demas que tenian cuentas pendientes con él, y que lo abrumaban para cobrarlas. Urgido por estos reclamos, y sin saber como acallarlos, tomó el partido de anunciar su próxima salida en el paquete Ingles que estaba en vísperas de dejar esta rada, y emplazó á sus acreedores para el dia 15 de aquel mes. ¡Este dia fué el último de su vida!

En el informe elevado por el Gefe del Departamento de Policía al Sr. Ministro de Relaciones Exteriores, se hallan relatados con una fidelidad minuciosa los incidentes que precedieron á la muerte del Sr. Rodriguez, desde que abandonó su casa hasta que puso fin á su existencia. Salió á la una de la tarde; atravesó la plaza de la Victoria, y se dirigió al Rio por la calle de Balcarce: descansó un tanto en el bajo; volvió á levantarse, y fué á encender un cigarro en la casa de un sastre: siguió su camino hasta el potrero de Noble; volvió á sentarse al pié de un sauce, donde permaneció y fué visto por varios individuos, desde las cuatro y cuarto, hasta las ocho y media de la tarde; y por fin, entre las nueve y las diez, se oyó disparar un tiro, y brilló un fogonazo en aquellas soledades y en el silencio de la noche. Todos los testigos oculares que figuran en estas declaraciones, están designados por sus nombres y apellidos, y se ha llevado la escrupulosidad hasta dar las señas de sus respectivas habitaciones.

Al dia siguiente amaneció un cadáver en los mismos parages donde habia sido visto vagar la víspera el Coronel Rodriguez; y la Policía que, entre otras atribuciones, tiene la de averiguar los crímenes, y de aprehender á los culpables, puso inmediatamente en ejercicio todos sus recursos para descubrir el autor y los cómplices de este horrendo atentado. Todo cuanto podía conducir á su esclarecimiento fué practicado con un celo y un interés dignos de los mayores elogios. El Gefe de Policía, detenido en su cama por una enfermedad accidental, quiso reconocer personalmente el lugar donde se habia encontrado este cuerpo, que ya se supo ser el del ex-Encargado de Negocios de Bolivia. Dos Alcaldes de los barrios mas inmediatos, D. Pedro Pablo García del Cuartel No. 5, y D. Angel Zaballa del Cuartel No. 7, rodeados de un gran número de vecinos, recogieron con un religioso respeto este cadáver, y lo llevaron á la casa central de Policía, de donde fué trasladado á su propia habitacion, con órdenes muy rigorosas de no tocar, ni permitir que se tocase nada de lo que habia, sobre todo los papeles y el archivo de la Legacion. Para ponerlos al abrigo de cualquier descuido, se hizo lo que es de práctica en estos casos, y se mandó convidar al Comandante Corte, la única persona que quedaba de la pasada Legacion de Bolivia, á venir, y en caso de impedimento, á nombrar una persona de su confianza, para asistir á la formacion del inventario de las existencias del finado Coronel Rodriguez, y para recibirse de los libros papeles y archivo de la Legacion, despues de haber sido lacrados y sellados por los comisionados, *sin pasar vista por ninguno de ellos*, segun les estaba prescripto. Así se hizo, en presencia de dos Comisarios de Policía, de varios vecinos, y del Dr. D. Juan Antonio Sagardia, á quien eligió el Comandante Corte para representarlo en estas diligencias.

Quedaba el acto mas importante, cual era el reconocimiento del cadáver, que corresponde al Médico de Policía por los decretos vigentès: y el Gefe de este Departamento, en cumplimiento de sus deberes, ordenó al Médico Cordero pasar sin demora á casa del finado Coronel Rodriguez, para reconocer sus heridas, y certificar de su gravedad y naturaleza. Esta primera indagacion, que debió haber aclarado los hechos, y dado á la autoridad un punto de arranque seguro para avanzar sin titubear en sus ulteriores descubrimientos, dió por resaltado una opinion falsa, que el mismo profesor tuvo que retractar, cuando en lugar de una herida vió que eran dos, y ninguna de ellas hechas con instrumento cortante y contundente, como lo habia afirmado equivocadamente en su informe.

La manifiesta contradiccion que resaltaba entre los efectos de la herida, y la calidad del arma á que se atribuia, y la insuficiencia de los detalles que se daban para explicarla, obligaron al Gefe de Policía á nombrar otros facultativos para rectificar los hechos: y á fin de dar á este segundo juicio un carácter mas eminente, asoció al Médico de Policía tres facultativos de tres naciones distintas, como llamándolos á todos á tomar parte en una discusion puramente científica. Todos convinieron á primera vista en que la herida era el efecto de una bala que habia atravesado el cráneo; pero discordaron en determinar el lado por donde habia entrado el proyectil, que en el sentir de los Sres. Duchesnois y Mackena, fué por el lado izquierdo, y en el del Dr. Bosch, por el lado derecho. El Médico de Policía, que había tenido que reconocer y confesar su equivocacion, se adhirió á la opinion de los primeros dejándose arrastrar á un nuevo error con la misma facilidad con que había incurrido en el otro: y lo agravó aun mas, añadiendo, contra los principios mas incuestionables de la medicina legal, *que le parecia que el tiro no habia sido recibido muy de cerca.* (1)

Divergencia tan notable en las opiniones y los conceptos, multiplicaba las dudas en vez de disiparlas, y era obligacion precipua del que debia reunir las primeras pruebas de este hecho, presentarlas del modo mas correcto, para ilustrar la mente de los magistrados y del público. Llamó, pues, á otros facultativos para conciliar lo que habia de discordante en este juicio, haciendo lo que sugiere la razon, lo que prescriben las leyes y los usos de todos los pueblos, lo que aconseja y aplaude la conciencia, cuando es pura, y penetrada de la importancia de sus deberes. No se apartó del principio que lo habia guiado en la composicion del primer juri: convidó nuevamente á nacionales y á extrangeros, y sometió, si no á un juicio mas ilustrado, al menos á una investigacion mas diligente, las cuestiones promovidas y no resueltas en los reconocimientos anteriores. Este tribunal de revision, como podria llamársele, se pronunció con unanimidad sobre todas ellas, y con argumentos tan claros y convincentes, que justificaron las dudas que habia concebido el Gefe de Policia sobre los asertos de los primeros observadores.

Dos fueron los puntos discutidos—

1.° ¿Cual es el instrumento que ha herido y dado la muerte al Coronel Rodriguez?—Sobre este punto todos opinaron del mismo modo, incluso el Médico de Policia, que se habia engañado en su primer informe.

2.° ¿Por qué lado entró la bala?—En esto tampoco hubo contradiccion, y quedó confirmado lo que habia sostenido el Dr. Bosch en el otro reconocimiento, que la bala habia entrado *por la derecha.* Esta opinion, á mas de ser la de la mayoria, siempre respetable, sobretodo en cuestiones de hecho, se apoyaba en el aspecto de las heridas, que se presentaban con señales evidentes Los autores de mas nota, que han tratado de la medicina legal, establecen como un principio, que se repite como un aforismo, que en las heridas hechas

(1) Documento núm. 5.

Revue des Journaux Nationaux.

L'EDITEUR.

Sur le suicide de l'Ex-chargé d'Affaires de la Bolivie.

L'attention publique, presqu' entiérement concentrée sur le cours des événemens politiques, a été derniérement détournée par un incident déplorable. Le colonel D. Manuel Rodriguez, qui avait rempli pendant quelque temps les honorables fonctions de Chargé d'Affaires de la République Bolivienne prés le Gouvernement de Buenos-Ayres, attenta á ses jours dans la nuit du 15 du mois de Mars, dans un des quartiers les plus retirés de la ville. La position qu'il avait occupée, les relations qu'il avait acquises, sa conduite, ses maniéres, et la compassion qu'inspire naturellement une fin si désastreuse, tout a contribué á produire une impression trés désagréable sur le public. Les recherches minutieuses du Departement de Police ont répandu tant de lumiére sur ce fait, qu'on a reconnu que c'était un suicide, inspiré par des embarras domestiques, qui devenaient chaque jour plus sérieux et plus pressans.

Ayant terminé sa mission, et étant obligé de retourner dans sa patrie, il avait touché tous les ressorts pour sortir avec honneur d'un pays où il avait occupé une position distinguée. Il ne put rien obtenir, parceque dans le fait il n'avait rien á offrir á ceux qui pouvaient lui être de quelque secours. L'autorisation, ou la créance qu'il avait voulu négocier, parut équivoque, et ce fut le motif qui arrèta la personne á laquelle il l'avait proposée, en lui offrant l'intérèt exorbitant d'un vingt pour cent, et bien plus excessif, si l'on considére que le bénefice qui en résultait pour la maison acceptante, était de 800 piastres sur une avance de 1,200, et pour environ deux mois qu'on tarderait á recevoir la réponse de la Bolivie. Privé de tous les moyens d'existence, même des plus nécessaires pour la conserver, n'ayant plus de ressources, et voyant s'évanouir ses derniéres espérances, il prit la résolution de se suicider.

Il parla, quoiqu'incomplétement, de sa position dans les instructions qu'il laissa écrites pour le Commandant Corte, attaché á la légation Bolivienne, au cas qu'on exécuterait une tentative d'assassinat qu'on méditait á Montévideo contre sa personne. »*J'ai tout vendu pour me soutenir*. .... *Il ne me reste* »*que mes habits et mes papiers.*» Et ce qu'il lui recommendait le plus c'était de faire, ou de faire faire un relevé de ses dettes, »pour qu'elles soient »payées par le Gouvernement, soit á compte de mes appointements, soit »pour mes services: car il n'est pas juste que mes créanciers soient froissés »dans leurs interêts aprés m'avoir rendu un service.» Telle était sa détresse, qu'il disposa des petites économies que son domestique lui avait données en dépôt, et une basquesse chargée de son ménage, était obligée de sortir pour demander un peu d'argent á ses propres compatriotes afin de suppléer aux dépenses de la maison. Malgré cela, il n'y avait pas de quoi payer le boulanger, l'épicier, le tailleur, et tant d'autres qui avaient des comptes courans avec lui, et qui l'obsédaient pour le payement Pressé par ces réclamations, et ne sachant comment les appaiser, il prit le parti d'annoncer son prochain départ par le paquebot Anglais qui était á la veille d'apareiller de notre rade, et il promit de payer ses créanciers le jour 15 du mois. Ce jour fut le dernier de sa vie!

Dans le rapport adressé par le Chef du Département de Police á M. le Ministre des Relations Extérieures, on a consigné avec une fidélité minutieuse les incidens qui précédérent la mort de M. Rodriguez, dés qu'il quitta sa maison jusqu'á ce qu'il mit fin á son existence. Il sortit á une heure de l'aprés-midi; il traversa la place de la Victoire, se dirigeant vers la riviére par la rue de Balcarce; il se reposa un peu prés le bord de l'eau; il se leva, et alla allumer un cigarre chez un tailleur: il suivit son chemin jusqu'á l'enclos de Noble, il s'assit de nouveau au pied d'un saule, où il resta quelque temps, et où il fut vu par plusieurs individus, depuis quatre heures et un quart de l'aprés-midi, jusqu'á huit heures et demie du soir; et enfin, entre neuf et dix heures, on entendit un coup, et on vit briller un éclat de feu dans ces solitudes et dans le silence de la nuit. Tous les témoins oculaires qui figurent dans ces déclarations son désignés par leurs noms et prénoms, et on a poussé l'exactitude jusqu'á donner leurs adresses respectives.

Le lendemain on rencontra un cadavre dans le méme endroit où l'on avait vu se promener la veille le coronel Rodriguez; et la Police, qui entr'autres attributions, a celle de constater les crimes, et de saisir les coupables, mis aussitôt en exercise toutes ses ressources pour découvrir l'auteur et les complices de cet horrible attentat. Tout ce qui pouvait conduire á son éclaircissement, fut pratiqué avec un zèle et un interét dignes des plus grands éloges. Le Chef de Police, retenu au lit par une maladie accidentelle, alla reconnaitre lui-méme les lieux où avait apparu ce corps, qu'on sut déjà être celui de l'ex-Chargé d'Affaires de la Bolivie. Deux alcaldes des quartiers les plus immédiats, D. Pedro Pablo Garcia, du quartier No. 5, et D. Angel Zavalla du quartier No. 7, á la tête d'un grand nombre de voisins, relevérent avec un respect religieux ce cadavre, et le conduisirent au Département de Police, d'où il fut transporté á sa propre habitation, avec des ordres très-sévères de ne pas toucher, et de ne pas permettre qu'on touche á ce qu'elle contenait, surtout les papiers et les archives de la Légation. Pour les mettre á l'abri de tout accident, on fit ce qui est d'usage dans ces cas; et le Commandant Corte, la seule personne qui restait de l'ex-légation de Bolivie, fut invité á venir, et en cas d'empêchement, á nommer une persone de sa confiance, pour assister á la formation de l'inventaire des effets de feu le colonel Rodriguez, et pour recevoir les livres, les papiers et les archives de la Légation, après avoir été cachetés et scellés par les commissaires, *sans se fixer sur aucun d'eux*, comme il leur avait été ordonné. C'est ce qu'on fit, en présence de deux Commissaires de Police, de plusieurs bourgeois, et du Dr. D. Juan Antonio Sagardia, désigné par le Commandant Corte pour le representer dans ces formalités.

Il restait l'acte le plus important, qui était la reconnaissance du cadavre, et qui d'après les réglemens en vigueur appartient au médecin de Police: et le Chef de ce Département, dans l'accomplissement de ses devoirs, ordonna au médecin Cordero de se rendre immédiatement chez feu le colonel Rodriguez pour en examiner les blessures, et pour certifier de leur gravité et de leur caractére. Cette premiére recherche, qui devait éclaircir les faits, et donner á l'autorité un point de départ sûr pour avancer sans hésitation dans ses découvertes, donna pour résultat une opinion fausse, que le méme professeur retracta, quand au lieu d'une blessure, il vit que c'étaient deux, et aucune d'elles faite avec un instrument tranchant et contondant, comme il l'avait faussement assuré dans son rapport.

La contradiction manifeste entre les effets de la blessure, et l'espece de l'arme á laquelle on l'attribuait, et l'insuffisance des détails que l'on donnait pour l'expliquer, obligérent le Chef de Police á nommer d'autres experts pour rectifier les faits: et afin de donner á ce second jugement un caractére plus élevé, il associa au médecin de Police trois professeurs de trois nations différentes, comme les appelant toutes á prendre part á une discusion purement scientifique. Ils convinrent tous dès le commencement que la blessure était l'effet d'une balle qui avait traversé le crâne; mais ils ne furent pas d'accorde sur le côté par où avait pénétré le projectile, qui d'aprés MM. Duchesnois et Mackena, était entré par le côté gauche, et d'aprés le Dr. Bosch, par le côté droit. Le médecin de Police, qui avait été obligé de reconnaitre et d'avouer sa méprise, se prononça pour l'opinion des premiers, se laissant entrainer á une nouvelle erreur avec la méme facilité avec laquelle il était tombé dans l'autre; et il la rendit encore plus grave en ajoutant, contre les principes les plus incontestables de la médecine légale, *qu'il lui semblait que le coup n'avait pas été reçu de très près.* (1)

Une divergence si remarquable dans les opinions et dans les jugemens, multipliait les doutes au lieu de les dissiper, et c'était un devoir inexcusable de celui qui devait rassembler les premières preuves de ce fait que de les présenter de la maniére la plus correcte, pour èclairer l'esprit des magistrats et du public. Il en appella donc á d'autres experts, pour concilier ce qu'il y avait de discordant dans cet arrêt, en fesant ce que suggére la raison, ce que prescrivent les lois et les usages de tous les peuples, ce que conseille et ce qu'approuve la conscience quand elle est pure et pénétrée de l'importance de ses devoirs. Il ne s'écarta pas du principe qui l'avait guidé dans la formation du premier jury: il s'adressa de nouveau á des nationaux et á des étrangers, et il soumit, si non á un jugement plus éclairé, du moins á une investigation plus diligente, les questions soulevées, et qu'on n'avait pas résolues dans les reconnaissances antérieures. Ce tribunal de révision, comme on pourrait l'appeler, se prononça á l'unanimité sur chacune d'elles, et avec des argumens si clairs et si convainquans, qu'il justifia les douter que le Chef de Police avait conçus sur les déclarations de premiers observateurs.

Deux furent les points discutés—

1.° Quel est l'instrument qui a blessé, et donné la mort au colonel Rodriguez? Sur ce point ils furent tous du même avis, jusqu'au Médecin de Police qui s'était mépris dans son premier examen.

2.° De quel côté est entrée la balle? Sur cela il n'y eu de contradiction non plus, et l'on confirma ce que le Dr. Bosch avait soutenu dans l'autre reconnaissance, que la balle était entrée *por le côté droit.* Cette opinion, n'était pas seulement celle de la majorité, toujours respectable, surtout dans

[1] Document No. 5.

Review of National Journals.

THE EDITOR.

On the suicide of the Ex-Charge d'Affaires of Bolivia.

Public attention, almost entirely concentrated upon the course of political events, has been lately distracted by a lamentable incident. Colonel Don Manuel Rodriguez, who had discharged for sometime the honorable functions of Chargé d'Affaires of the Republic of Bolivia near the Government of Buenos Ayres, put an end to his existence on the night of the 15th of the month of March, in one of the most deserted parts of the city. The position which he had occupied, the relations which he had acquired, his conduct, his manners, and the compassion which such an unfortunate end naturally inspires, have all contributed to leave a painful impression upon the public. The careful investigations of the Police Department threw so much light upon this affair, that it was preceived that it was a suicide, inspired by domestic difficulties which every day became more pressing and urgent.

Having ceased in his mission, and obliged to return to his country, he had tried every resort for leaving a country in which he had occupied a distinguished post, with honor. He could obtain nothing, for in truth he had nothing to offer to those who could assist him. The authorization or credential which he wished to negotiate seemed equivocal, and this was the motive which prevented the one to whom he proposed it from accepting it although offering the exorbitant premium of 20 per cent, and much more excessive if it is considered that the benefit resulting for the house which might accepted it, was that of 800 dollars for an anticipation of 1,200, and in the space of about two months which it would take to receive an answer from Bolivia. Destitute of every means of existence, even the most essential for preserving it, all his resources exhausted and baulked in his last hope, he destroyed himself.

He spoke, although not fully, in the instructions which he left written for commandant Corte, Attaché to the Bollivian Legation, in case that an attempt of assassination meditated in Montevideo against his person should take place. *I have sold every thing to support myself*.... *I have nothing but my wearing apparel and my papers.* And what he most inculcated was to take, or have an account taken of his debts, »in order that they may be paid by the Go- »vernment, either on account of my pay, or for my services, for it is not just »that my creditors should suffer in their interests after having rendered me »a service.» Such were his wants, that he made use of the small savings confided to him by his servant; and a Basque woman who had charge of his house, had to go out and beg money from her countrymen in order to defray the daily expences. Even so, he had not wherewith to pay the baker, the grocer, the tailor, and all those who had accounts against him, and who tormented him for their recovery. Pressed by these reclamations and unable to hush them, he adopted the measure of announcing his departure by the English Packet which was on the eve of arriving here, and named the 15th of that month for the payment of his creditors. This day was the last of his life!

In the report transmitted by the Chief of the Police Department, to the Minister for Foreign Affair, the incidents which preceded the death of Mr. Rodriguez ever since he left his house until he put an end to his existence, are related with a minute fidelity. He went out at one o'clock in the day; crossed the Plaza de la Victoria, and directed himself towards the river through the Calle de Balcarce: he rested himself awhile on the beach; he got up again and went to light a sigar in the house of a tailor: he proceeded as far as Noble's field; he again seated himself at the foot of a willow, where he remained and was seen by several individuals, from a quarter past four in the afternoon until half past eight in the evening; and finally between nine and ten the report of a pistol was heard, and a flash of fire was seen in that solitude and in the silence of the night. All the eye witnesses who figure in these declarations are designated by their names and surnames, and the scrupulosity has been carried so far as to designate their respective houses.

On the following day a body was found on the spot where Colonel Rodriguez had been seen wandering about the day before; and the Police which, amongst other attributions, has that of finding out crime and apprehending the culpable, immediately employed all its resources for discovering the author and accomplices of this horrible crime. Everything which could be conducive to its elucidation was effected with a zeal and interest worthy of the highest praise. The Chief of Police kept in bed by accidental illness, wished to examine the spot where the body had been found in person, which was already known to be that of the Ex-Chargé d'Affaires of Bolivia. Two Alcaldes of the most immediate districts, D. Pedro Pablo Garcia, of Cuartel Núm. 5, and D. Angel Zuvalla of Cuartel Núm. 7, surrounded by a great number of citizens took up this body with religious respect, and carried it to the central house of Police, from whence it was translated to his own house, with very stricts orders for not touching nor allowing any thing to be touched, particulary the papers and archives of the Legation. In order to protect them against any neglect, what is customary in such cases was effected. Commandant Corte, the only person remaining of the late Bolivian Legation, was invited to come, or in case of any impediment to send a person of his confidence to be present at the formation of the inventory of what existed belonging to the deceased Colonel Rodriguez, and to take charge of the books, papers and archives of the Legation, after having been closed and sealed by those commissioned, *without reading any of them*, as it had been prescribed to them.— It was done so in the presence of two Commisaries of Police, various neighbours, and Dr. D. Juan Antonio Sagardia, whom Commandant Corte had chosed to represent him in these proceedings.

The most important act still remained, that of examining the body, which is the duty of the Dr. of Police by existing decrees; and the Chief of this Department, in fulfillment of his duty ordered Dr. Cordero to proceed immediately to the house of the late Colonel Rodriguez in order to examine his wounds and certify respecting their gravity and nature. This first indagation which ought to have thrown a light upon the facts and afford a sure groundwork to the authority for proceeding in its future discoveries, gave for result a false opinion, which the same professor had to retract, when instead of one wound he found there were two, and neither of them made by an edged cutting instrument, as he had erroneously asserted in his report.

The manifest contradiction which appeared between the effects of the wound and the sort of arm to which it was attributed, and the insufficiency of the details given to explain it, obliged the Chief of Police to name other professors to rectifiy the facts: and in order to give a more eminent character to this second opinion, he associated to the Dr. of Police three professors of three different nations, as if calling them to take a part in a purely scientific discussion. They all at first sight agreed that the wound was the effect of a ball which had passed through the cranium; but they did not agree respecting the side on which the projectile entered, which in the opinion of Messrs. Duchesnois and Makenna, was the left side, and in that of Dr. Bosch, the right. The Dr. of Police, who had been obliged to acknowledge and avow his mistake, adhered to the opinion of the former, allowing himself to be again drawn into a new error with the same ease with which he had fallen into the other, and he aggravated it still more by adding, against the most unquestionable principles of legal medecine, *that it appeared to him that the shot had been received from some distance.* [1]

Such a notable difference of opinion and conceptions, multiplied the doubts instead of dissipating them, and it was the principal duty of the one who was to get together the first proofs of this event to present them in the most correct manner, in order to elucidate the minds of the magistrates and of the public. He therefore called other professors in order to reconcile what was discordant in this opinion, doing what reason suggests, what the laws and usages of all nations prescribe, what conscience councils and applauds when it is pure and penetrated with the importance of its duty. He did not deviate from the principle which had guided him in the formation of his first jury: he again invited natives and foreigners and submitted, if not to a more enlightened judgment, at least to a more diligent investigation, the questions promoted and not resolved in the former examinations. This tribunal of revisions as it can be called, unanimously pronounced itself upon all of them, and with arguments so clear and convincing, that they justified the doubts conceived by the Chief of Police respecting the assertions of the first observers.

Two were the points discussed.

1st. Which was the instrument that wounded and caused the death of Colonel Rodriguez? Upon this point they were all of the same opinion including the Doctor of Police, who was deceived in his first report.

2nd. On which side did the ball enter? Neither was there any contradiction on this point, and what Dr. Bosch had sustained in the former examination was confirmed, that the ball had entered *on the right side.* This opinion, besides that of the majority always being respectable, above all in matter of fact questions, was supported by the aspect of the wounds which presented themselves with evident marks. The authors of most note who have

[1] Document num. 5.

por armas de fuego, y en que el proyectil traspasa de parte á parte el cuerpo humano, la abertura de salida es mayor que la de entrada. (2)

Este principio no es el fruto de especulaciones abstractas, sino el resultado de la observacion y de la experiencia. Citaremos una que, por ser fácil, todos pueden repetir. Descárguese un tiro sobre una tabla algo espesa: de los dos agugeros que abre la bala, el de entrada es pequeño y neto; mientras que el otro de salida es mas ancho, áspero ó irregular en sus bordes, y casi siempre acompañado de esquirlas. Si en vez de una sola tabla, se descarga el tiro sobre tres ó cuatro, colocadas á dos ó tres pulgadas de distancia una de otra, como lo practicó el célebre Dupuytren, se observará que en todas ellas la abertura de entrada es menor que la de salida; con esta diferencia, que la abertura de entrada de la segunda tabla es mas ancha que la abertura de entrada de la primera; como la abertura de salida de la segunda es mayor que la abertura de salida de la primera, y asi sucesivamente: de tal modo que todas las tablas juntas ofrecen una série de conductos cónicos, con diámetros siempre en aumento.

Lo mismo sucede con los huesos. El Sr. Paillard, citado en una obra clásica, adoptada en las escuelas de medicina legal en Francia, tiró sobre unos craneos con una pistola cargada á bala. Por un lado la abertura de entrada era perfectamente redonda, y del mismo diámetro que la bala: esta abertura empezaba ya a ensancharse en la tabla interna, de resultas del gran número de fracturas, ó esquirlas, que se desprendian para adentro: y la pared opuesta del cráneo, donde estaba colocada la abertura de salida, presentaba un diámetro mayor, siendo ademas de una forma irregular, llena de fragmentos, unos enteramente desprendidos, y otros todavia adherentes á sus bordes.» [3] Al referir estos experimentos, agrega el autor—*y estos hechos se reproducen diariamente en los casos de suicidio por un pistoletazo.*

En estos principios estriban los informes de los DD. Bosch y Cuenca, que son los únicos que han fundado sus asertos. El primero certifica, que »la »abertura de la bala del lado derecho en el cutis apenas es sensible......La »piel en el lado izquierdo tiene una herida correspondiente á la del cráneo, formada por dos líneas rectas de seis líneas cada una: se tocan la extremidad de la una con el centro de la otra, formando dos ángulos rectos, y dan »la apariencia de una herida hecha con un instrumento de tres filos—estoque, »por ejemplo. La herida de los huesos del cráneo, en el lado derecho, *es perfectamente redonda:* sus bordes, casi perpendiculares, están cortados á bisel »á expensas de la lámina interna. La abertura del parietal izquierdo es semi»triangular, de ángulos muy redondeados, *de mayor diámetro que la del lado »opuesto,* los bordes hechos á expensas de la lámina externa, y con varias esquirlas de dos ó tres líneas, unidas á este hueso por el pericráneo.» (4)

Luego explicaremos la forma triangular observada en la abertura de salida que la ignorancia, ó la mala fé (y probablemente una y otra) del salvage unitario que redacta el *Comercio del Plata* en Montevideo,ha atribuido á una estocada, fijándose en el sentido literal del término de comparacion de que se ha valido el facultativo.

El Dr. Cuenca, en su docto y luminoso informe, reproduce las observaciones hechas por su ilustrado cólega el Dr. Bosch—»Llamóme desde luego la »atencion (son sus palabras) *un agujero redondo,* hecho con pérdida de subs»tancia, y como á taladro, que alojaba el dedo pequeño de la mano, sin es»quirlas, colocado á una pulgada mas ó menos, sobre el nacimiento de la oreja »derecha......(5) Estaba colocado en la parte media del borde inferior del »parietal derecho..........., del que partian fracturas y esquirlas de todos ta»maños, hácia adelante...........Terminaba en otro agujero, que visiblemen»te correspondia al primero. Este segundo agujero estaba colocado como »pulgada y media sobre el nacimiento de la oreja izquierda .....Su forma era »redondeada, escabrosa é irregular en sus bordes, *mas que el doble mayor que »el primero,* erizado de esquirlas pequeñas, unidas por la parte exterior.» (6)

Tambien advirtió el Dr. Cuenca »una abertura triangular en el cuero ca»belludo, hecho por un cuerpo contundente, de la magnitud de un anillo re»gular de diámetro, colocado sobre y detras de la oreja izquierda...........La »aspereza de sus bordes, su forma triangular, y su colocacion sobre heridas »oseas visiblemente contusas, me hacen creer que la del cútis tambien lo »era.»—Pero esta singularidad no lo extravió en su diagnóstico, ni le hizo decir, lo que hubiera comprometido su reputacion profesional, que la herida *era de estoque:* sino que se expresó en estos términos, muy precisos para excluir cualquier duda. »La herida que ha dado muerte al Coronel Rodriguez, ha »sido un golpe de arma de fuego, y la bala, suponiendo que bala sea, porque »no se ha encontrado ningun proyectil, ha entrado por la pared derecha, y »salido por la izquierda del cráneo; porque en aquella ha sacado una hormi»lla, (nótense bien estas palabras) de donde ha resultado un agujero neto, »cómo el que hace una bala que atraviesa un papel—agujero sin esquirlas, »radiante de fracturas, como que ha sido hecho por una fuerza mayor que el »situado en la pared izquierda, *mayor en el doble de su diámetro,* sin irradia»ciones, erizado de esquirlas, unidas por el lado de afuera: probabilidades to»das que me inducen á pensar que la fuerza obró de afuera hácia adentro en el »lado derecho, é inversamente en el lado izquierdo.»

¿Qué puede oponerse á estas conclusiones, todas fundadas en los principios de la medicina legal? No será ciertamente la opinion del Médico de Policia, siempre vaga, siempre incierta, y sobre todo contradictoria desde el principio de estas investigaciones: ni tampoco la de los Sres. Duchesnois y Mackenna, que han hablado en tono dogmático en una cuestion que debian haber discutido. ¿Qué importa que tres médicos digan asertivamente—*la bala entró por el lado izquierdo,* cuando hay cinco otros que sostienen lo contrario con argumentos incontestables?

El hecho observado de la figura triangular que simulaba la abertura del lado izquierdo, es uno de aquellos que suelen reproducirse con mas frecuencia en las heridas. En el reconocimiento del cadáver de una muger que se habia suicidado en el *Bois de Boulogne* cerca de Paris, el primer médico que la observó en el mismo lugar del delito, viendo una herida triangular en la altura de la sexta costilla, y cerca del borde izquierdo del esternon; siendo por otra parte evidentes los efectos de una arma de fuego, y habiéndose hallado tambien al lado de la víctima una pistola recien descargada, dijo—»que la muer»te parecia haber sido ocasionada, primero por un instrumento cortante que »habia abierto la herida, y despues por una arma de fuego que habia pene»trado en la cavidad torácica.» El Fiscal, ó Procurador del Rey, y el Juez »de instruccion, llamaron á otros médicos para proceder á la autopsia del »cadáver; y estos declararon sin hesitacion que la muerte de esta muger era »el hecho de una arma de fuego, *y no el doble resultado del uso de una ar»ma de fuego, y de un instrumento cortante.* [7]

Si quisiesemos aparentar conocimientos, explicariamos estas anomalias, como las explican los médicos fisiologistas. Diriamos que son producidas por las fibras del cutis, que no tienen una direccion uniforme en todos los puntos de la superficie del cuerpo: y si, como hay motivos para presumirlo, debe atribuirse este cambio en la forma de la herida a la direccion de las fibras, es fácil comprender por qué un instrumeno que se abre el paso al través de los tegidos, deja impresiones tan variadas en el espesor de las capas musculares, por la diferente direccion de las fibras. Cuanto mas violenta es su separacion, tanto mayor es la fuerza con que vuelven á acercarse: 1.° por la elasticidad del tegido: 2.° por su tension: 3.° por la direccion de las fibras que lo constituyen: 4.° por su extension: 5.° por la contractilidad del tegido: 6.° en fin, por la contractilidad muscular. Asi es que un hábil observador, en una tésis llena de ideas nuevas fundadas en la experiencia, sostiene que, sin conocer estos resultados, *seria imposible juzgar de la forma del instrumento por la configuracion de las heridas* [8]. Pero no tenemos la pretension de tratar *ex cathedra* este punto de las ciencias médicas. Nos basta haberlo sometido á la consideracion de los que pueden penetrar mas adentro en los arcanos de la naturaleza.

Vamos ahora á la cuestion accesoria, promovida por el Médico de Policía en su segundo reconocimiento. Despues de haber declarado que era un golpe de arma de fuego lo que la primera vez creyó ser un hachazo, dijo—*Me parece tambien que el tiro no ha sido recibido muy de cerca.* Si hubiese comprendido la gravedad de estas palabras, no las hubiera vertido de un modo tan superficial é incierto: hubiera hablado como médico, apelando á los principios de la ciencia que profesa, y examinando cada una de las hipótesis que pueden formarse en un caso de esta clase. Estas hipótesis son tres: ó el tiro sale de un arma adherente al cuerpo, ó viene de cerca, ó viene de lejos, y *de muy lejos,* como se expresó el mismo facultativo.—En el primer caso, es decir, cuando el tiro sale de un arma pegada al cuerpo, el agujero de la bala es redondo, neto, sin fracturas, y como si lo hubiese hecho un taladro: porque la fuerza impulsiva está en razon inversa de la distancia que recorre el proyectil, y por consiguiente es *máxima* en la hipótesis de que se trata. *Cuando el golpe es tirado muy cerca del hueso,* (dice el Sr. Devergie, que citamos con preferencia, no solamente por el crédito de que disfruta su obra, sino para que sea mas fácil cerciorarse de la exactitud de nuestras citas), *la bala hace una abertura tanto mas neta, cuanto que es puesta en movimiento por una fuerza mayor.* (9) Ademas, el pelo, queda intacto, porque todas las materias inflamables pasan rápidamente del arma á la herida, sin comprometer las partes adyacentes: circunstancias todas que se han verificado en el cadáver del Sr. Rodriguez.

Pero contesta Varela, con la misma ignorancia con que ha discurrido sobre la forma triangular de las heridas, »la intregridad del cabello, y el no haber »hallado en la piel manchas y grandes señales de pólvora, *revelan con toda evidencia un asesinato.*» Podriamos desmentir esta proposicion como hemos impugnado la otra; pero no queremos fastidiar á nuestros lectores con nuestras digresiones académicas. Nos contentaremos con citar un caso práctico

(2) Sabatiür. *Medicina Operat* tom. 1.°, pag. 400, edic. de 1822.—Richter, Elementos de cirugia, tom. 1.°—Richerand. *Nosografia quirur.* tom. 1.°, pag. 55, 3.ª edic.—Boyer. *Tratado de las enfermedades quirur.,* etc. tom. 1.°, pag. 357, 1.ª edic.—Hennon. *Elementos de cirujia militar,* pag. 33, 2.ª edic.—Jobert. *Heridas de las armas de fuego.* Paris, 1833, en 8.°, pag. 13.

[3] Devergie. *Medicina legal.* Paris, 1840, 3 vol. en 8.°, tomo 2, pág. 120, edic. de 1840.

[4] Documento núm. 4.

[5] No repetimos todos los detalles anatómicos de este informe, porque no son necesarios á nuestro intento, que se reduce á demostrar la diferencia entre la dimension y la forma de la abertura de entrada, y la dimension y la forma de la de salida.

[6] Documento núm. 11.

[7] Devergie. *Obra cit.,* tom. 2, pag. 117.

[8] Filhos. *Inducciones prácticas y fisiológicas, deducidas de la observacion.* Paris, 1833.

[9] *Medicina legal,* tom. 2, pag. 110.

des questions de fait, mais elle se fondait sur l'aspect de blessures qui se présentaient d'une maniére frappante. Les auteurs les plus estimés, qui ont écrit sur la médecine légale, établissent comme un principe, qu'on répéte comme un aphorisme que, dans les blessures faites par des armes á feu, et dans lesquelles le projectile traverse de part en part le corps humain, l'ouverture de sortie est plus grande que celie d'entrée. [2]

Ce principe n'est pas le fruit de spéculations abstraites, mais il est dû á l'observation et á l'expérience. Nous en citerons une qui, pour étre facile, tout le monde pourra repéter. Tirez un coup sur une planche un peu épaisse: des deux ouvertures que fait la balle, celle d'entrée est petite et nette; tandis que l'autre de sortie est plus large, scabreuse et irréguliére dans ses bords, et presque toujours accompagnée d'esquilles. Si au lieu d'une seule planche, on tirait sur trois ou quatre, placées á deux ou trois pouces de distance l'une de l'autre, ainsi que le fit le célèbre Dupuytron, on verrait sur chaque planche, l'ouverture d'entrée plus petite que celle de sortie; avec cette différence, que l'ouverture d'entrée de la seconde planche est plus large que l'ouverture d'entrée de la premiére; comme l'ouverture de sortie de la seconde planche est plus large que l'ouverture d'entrée de la premiére, et ainsi successivement: de manière que toutes les planches présenteraient une sèrie de conduits coniques, dont les diamètres iraient toujours en augmentant.

La méme chose arrive sur les os. M. Paillard, cité dans un ouvrage classique, qui est adopté dans les écoles de médecine légale en France, tira sur des crânes avec un pistolet chargé á balle. L'ouverture d'entrée sur un des côtes était parfaitement ronde, et du méme diamètre que la balle: cette ouverture commançait déjà á s'agrandir sur la table interne, par suite du grande nombre d'éclats, ou d'esquilles, détachées et poussées en dedans. La paroi opposée du crâne, où était l'ouverture de sortie, présentait un diamètre plus considérable, et elle était en outre très-inégale, en éclats, et converte de fragmens, les uns entièrement détachés, et les autres encore adherans á ses bords (3). En parlant de ces expériences, l'auteur dit: *et ces faits se reproduisent journellement dans les cas de suicide par un coup de pistolet.*

C'est sur ces principes que se fondent les rapports des Drs. Bosch et Cuenca, les seuls qui ont expliqué ce qu'ils ont vu. Le premier certifie que, »l'ou»verture de la balle du côté droit dans la peau est á peine visible......La peau »sur le côté gauche a une blessure qui correspond à celle du crâne, formée »par deux lignes droites, de six lignes chacune: l'extrémité de l'une aboutit au »centre de l'autre, en formant deux angles droits, et ayant l'aspect d'une bles»sure faite avec un instrument á trois tranchans—un estoc, par exemple. La »blessure des os du crâne, sur le côté droit, *est parfaitement ronde:* ses bords, »presque perpendiculaires, sont coupés en biseau aux dépens de la table in»terne. L'ouverture du pariétal gauche est semi-triangulaire, á angles très»arrondis, *d'un plus grand diamètre que celle du côté opposé,* les bords tail»lés aux dépens de la table externe, et avec plusieurs esquilles de deux ou »trois lignes, unies à cet os par le péricrâne.» (4)

Nous expliqueron tantôt la forme triangulaire, observée dans l'ouverture de sortie, que l'ignorance ou la mauvaise foi (et probablement l'une et l'autre) du sauvage unitaire qui rédige le *Comercio del Plata* á Montevideo, a attribué á un coup d'estoc, en s'en tenant au sens litteral du terme de comparaison employé par le médecin.

Le Dr. Cuenca, dans son savant et lumineux rapport, reproduit les observations de son habile collégue le Dr. Bosch. »Mon attention fut d'abord ap»pelée [ce sont ses paroles] par *un trou rond* fait avec perte de súbstance, et »comme avec un emporte-piéce, dans lequel entrait le petit doigt de la main, »sans esquilles, placé à un pouce, plus ou moins, au-dessus de la naissance de »l'oreille droite.... [5] Il était prés de la partie moyenne du bord inférieur »du pariétal droit,......duquel partaient des fractures et des esquilles de toutes »grandeurs en avant......Il aboutissait á un autre trou, qui correspondait visi»blement au premier. Ce second trou était presq'á un pouce et demi au-des»sus de la naissance de l'oreille gauche......sa forme était arrondie, scabreuse »et irregulière dans ses bords, *plus que le double que le premier,* hérissé de »petites esquilles, rassemblées du côté extérieur.» (6)

Le Dr. Cuenca remarqua aussi »une ouverture triangulaire dans le cuir »chevelu, faite par un corps contondant, de la grandeur d'une bague d'un »diamétre moyen, placée au-dessus et en arriére de l'oreille gauche....... »L'aspérité de ses bords, sa forme triangulaire, et sa situation sur des bles»sures osseuses visiblement contuses, me font croire que celle de la peau »l'était aussi.» Mais cette singularité ne l'égara point dans son diagnostic, et elle ne lui fit pas dire, ce qui aurait compromis sa réputation comme professeur, que la blessure était *un coup d'estoc.* Il s'exprima au contraire en ces termes, trés précis pour exclure le moindre doute. »La blessure »qui a donné la mort au colonel Rodriguez a été un coup d'arme á feu, »et la balle, en supposant que ce soit une balle, parce qu'on n'a trouvé »aucun projectile, est entrée par la paroi droite, et est sortie par la gau»che du crâne: parce que dans cette paroi elle a emporté un disque [re»marquez bien ces mots,] en fesant on trou net, comme celui d'une balle »qui traverse une feuille de papier: trou sans esquille, rayonnant de frac»tures, comme ayant été fait par une force majeure que celui placé dans »la paroi gauche, *deux fois plus grand dans son diamètre,* sans irradiations, »hérissé d'esquilles, réunies á la partie extérieure: toutes ces probabilités »me portent á croire que la force a agi de dehors en dedans dans le côté »droit, et en sens inverse dans le côté gauche.»

Que peut-on opposer á ces conclusions, toutes fondées sur les principes de la médecine légale? Ce ne sera certainement pas l'opinion du médecin de Police, toujours vague, toujours douteuse, et surtout contradictoire dés le commencement de ces recherches; ni celle de MM. Duchesnois et Mackenna, qui ont parlé d'un ton dogmatique sur une question qu'ils devaient avoir discutée. Qu'importe que trois médecins disent sur leur propre autorité—*la balle est entrée par le côté gauche,* quand il y en a cinq qui soutiennent le contraire avec des argumens incontestables?

Le fait observé de la forme triangulaire, que simulait l'ouverture du coté gauche, est un de ceux qui se réproduisent le plus souvent dans les blessures. Dans la reconnaissance du cadavre d'une femme qui s'était suicidée dans le Bois de Boulogne prés de Paris, le primier médicin qui l'observa sur le lieu meme du délit, voyant une blessure triangulaire, á la hauteur de la sixiéme cote, et prés de l'extrémité gauche du sternum; étant d'ailleurs si frappans les effets d'une arme á feu, et ayant meme ramassé un pistolet récemment déchargé á coté de la victime, dit—»que la mort paraissait avoir été occasionnée, »d'abord par un instrument tranchant qui avait ouvert la blessure, et ensuite »par une arme á feu qu'avait pénétré dans la cavité thoracique.» Le Fiscal, ou Procureur du Roi, et le Juge d'intruction, appelérent d'autres médicins pour proceder á l'autopsie du cadavre; et ceux-ci déclarérent sans hésitatation que la mort de cette femme avait été le fait d'un coup de feu, *et non le double résultat de l'emploi d'une arme á feu, et d'un instrument tranchant.* (7)

Si nous voulions faire parade de nos conaissantes, nous expliquerions ces anomalies, comme les expliquent les médecins physiologistes. Nous dirions qu'elles sont l'effet des fibres du derme qui n'ont pas une direction uniforme sur tous les points de la surface du corps: et si, comme il y a tout lieu de le croire, c'est á la direction de ces fibres qu'il faut attribuer ce changement dans la forme de la blessure, il est facile de comprendre pourquoi un instrument, qui pénétre á travers les tissus, laisse des impressions si variées dands l'épaisseur des couches musculaires, á cause de la differente direction des fibres. Plus leur séparation est violente, plus la force avec laquelle ils se contractent est considerable: 1.° par l'élasticité du tissu: 2.° par sa tension: 3.° par la direction des fibres qui le constituent: 4.° par la longueur de ces fibres: 5.° par la contractilité du tissu: 6.° enfin, par la contractilité musculaire. C'est ainsi qu'un habile observateur, dans une thése pleine d'apperçus nouveaux fondes sur l'experience, dit que, sans connaitre ces résultats, *il serait impossible de préjuger la forme de instrument d'apres la configuration des blessures.*(8) Mais nous n'avons pas la prétention de traiter *ex cathedra* ce point des sciences médicales. Il nous suffit de l'avoir soumis á la consideration de ceux qui peuvent pénétrer plus avant dans les mystéres de la nature.

Passons maintenant á la question accesoire, soulevée par le médecin de Police dans sa seconde reconnaissance. Aprés avoir declaré que c'était un coup d'arme á feu ce qu'il avait pris d'abord pour un coup de hache, il dit—*Il me semble aussi que le coup n'est pas venu de trés prés.* S'il avait compris la gravité de ces mots, il ne les aurait pas prononces d'une maniére si superficielle et si incertaine: il aurait parlé comme médecin, et il en aurait appelé aux principes de la science qu'il professe, en examinant chacune des hypothéses qu'on peut former sur un cas de cette nature. Ces hypothéses sont trois: ou le coup part d'une arme appliquee au corps; ou il vient de prés, ou il vient de loin, et de trés-loin, comme s'est exprimé le méme professeur. Dans le premier cas, c'est-á-dire, quand le coup part d'une arme appliquée au corps, l'ouverture de la balle est ronde, nette, sans fractures, et comme si elle avait été faite par un emporte-piéce: parce que la force d'impulsion est en raison inverse de la distance qui a été parcourue par le proyectile, et par conséquent elle est au *maximum* dans l'hypothése dont il s'agit. *Quand le coup est tiré trés-prés de l'os,* (dit M. Devergie, que nous citons de préférence, non seulement á cause du crédit dont jouit son ouvrage, mas pour qu'il soit plus facile de s'assurer de l'exactitude de nos citations) *la balle fait une ouverture d'autant plus nette qu'elle est mise en mouvement par une force plus grande* (9). D'ailleurs, les cheveux restent intacts, parce que toutes les matiéres inflammables passent rapidement de l'arme á la blessure, sans comprometre les parties adjacentes; circonstances qui se sont toutes vérifiées dans le cadavre de M. Rodriguez.

[2] Sabatier, *Médecine Opérat.,* tom. 1., pag. 400, édit. de 1822—Richter, *Elémens de chirur.,* tom. 1—Richerand, *Nosographie chirur.,* tom. 1, pag. 55, 3me. edit.—Boyer, *Traité des maladies chirurg. etc.,* tom. 1, pag. 357, 1er. édit.—Hennon, *Elémens de chirurgie militaire,* pag. 33, 2me. édit.—Jobert, *Blessures d'armes á feu,* Paris, 1833, in 8.°, pag. 13.

[3] Devergie, *Médecine légale,* Paris, 1840, 3 vol. in 8.°, tom. 2, pag. 120, édit. 1840.

[4] Document No. 4.

[5] Nous ne reproduisons pas les détails anatomiques de ce rapport, n'étant pas nécessaires á notre but, qui est de marquer la différence entre la dimension et la forme de l'ouverture d'entrée, et la dimension et la forme de l'ouverture de sortie.

[6] Document No. 11.

[7] Devergie, *Ouvrage cité,* tom. 2, pag. 117.

[8] Filhos. *Inductions pratiques et physiologiques, déduites de l'observation,* Paris, 1833.

[9] *Médecine légale,* tom. 2, pag. 110.

treated upon legal medicine, establish as a principle, which is repeated as an aphorism, that the wounds made by fire arms, and in which the projectile runs through the human body, the aperture of its passage out is larger than that of its entrance. [2]

This principle is not the fruit of abstract speculations, but the result of observation and experience. We will cite one which from being so easy can be repeated by all. Fire a shot into a somewhat thick board: of the two holes which the ball opens, the one on entering is small and clean, whilst the one it makes on going out is wider, rough and irregular on its edges, and almost always accompanied with splinters. If instead of one single board, the shot is discharged against three or four, placed at the distance of two or three inches from each other, as the celebrated Dupuytren did, it will be observed that in all of them the aperture of entry is smaller than that of outlet; with this difference, that the aperture of entry of the second board is wider than the aperture of entry of the first; as the aperture of outlet of the second is larger than the aperture of oulet of the first, and thus successively: so that all the boards together offer a series of conical passages, with diameter always increasing.

It happens the same with bones. Mr. Paillard,cited in a classical work adopted in the schools of legal medecine in France, fired upon some craniums with a pistol loaded with a ball. On one side the aperture of entry was perfectly round, and of the same diameter as the ball: this aperture began to widen on the inner side owing to the great number of fractures or splinters which separated towards the inside: and the opposite side of the cranium, where the aperture of oulet was situated, presented a greater diameter, it being besides of an irregular form, full of fragments, some entirely separated and others still adhering to its borders.» (3) On referring these experiments, the author adds—*and these facts are daily reproduced in cases of suicide by a pistol shot.*

The reports of Doctors Bosch and Cuenca are supported upon these principles, who are the only ones who have founded their assertions. The former certifies that, »the aperture of the ball on the right side in the skin is scarely perceptible....The skin on the left side has a wound corresponding with that »of the cranium formed by two strait lines of six lines each, the extremity of »the one touches the center of the other, forming two right angles and give »the appearance of a wound made by a three edged instrument, a sword»cane for example. The wound of the bones of the cranium on the right side, »*is perfectly round:* its almost perpendicular borders, are basil cut to the da»mage of the internal plate. The aperture in the left parietal is semi-trian»gular, with very round angles, *of greater diameter than that of the other si»de,* the borders made to the expence of the external lamina and with several »splinters of two or three lines united to this bone by the pericranium,» [4]

We will afterwards explain the triangular form observed in the aperture of outlet, which the ignorance or the bad faith, [and probably both] of the ruthless Unitarian who is the editor of the *Comercio del Plata* in Montevideo, has attributed to a stab with a sword-cane, holding to the literal sense of the term of comparison made use of by the professor.

Doctor Cuenca, in his learned and luminous report, reproduces the observations made by his enlightened colleague Doctor Bosch. »My attentios »was then drawn, [these are his words] to *a round hole,* made with the loss »of substance and as if bored, which allowed the entrance of the little finger, »without splinters, situated about an inch more or less above the origin of »the right ear......(5) It was situated in the middle of the inferior border of »the right parietal......in which fractures and splinters of all sizes were per»ceived which issued outwards......terminating in another hole which visibly »corresponded with the former. The second hole was situated about an inch »and a half above the origin of the left ear......Its form was rounded, rough »and irregular on its borders, *more than double the size of the former,* full of »small splinters united on the outer side.» [6]

Doctor Cuenca also observed »a triangular aperture in the hairy skin made »by a cutting body, of the magnitude of a common sized ring in diameter, »situated upon and behind the left ear......The roughness of its borders, its »triangular form and its situation upon bony wounds, visibly contused, made »me believe that that of the skin was so also.» But this singularity did not lead him astray in his diagnostic, nor caused him to say what would have compromised his professional reputation, that the wound *was that of a sword cane:* but he expressed himself in these terms, most precise for excluding every sort of doubt. »The wound which has caused the death of Colonel Rodriguez, »has been a blow of a fire arm, and the ball, supposing that it be a ball, for »there has been found no projectile, has entered on the right and passed out »on the left side of the cranium; because in that side it had taken out a round »piece, [let these words be well noted] which has produced a clean hole, »such as that of a ball which passes through a leaf of paper: a hole wthout »splinters, radiating with fractures, as if it had been made by a superior for»ce than the one situated on the left side, *double the size of its diameter,* »without radiations, full of splinters, united on the outside: all of them pro»babilities which induce me to believe that the force acted from the outside »towards the inside on the right, and inversely on the left.»

What can be opposed to these conclusions, all of them founded upon the principles of legal medicine? It certainly will not be the opinion of the Doctor of Police, always vague, always, uncertain, and above all contradictory from the beginning of these investigations: neither that of Messrs. Duchesnois and Mackenna, who have spoken in a dogmatical tone in a question which they ought to have discussed. What matters that three Doctors should assert—*the ball entered on the left side,* when there are five others who sustain the contrary with incontestable arguments?

The circumstance observed of the triangular form of the aperture on the left side, is one of those which are frequently reproduced in wounds. In the examination of the body of a woman who had committed suicide in the *Bois de Boulogne* near Paris, the first Dr. who examined her on the spot where the crime had been committed, on seeing a triangular wound at the height of the sixth rib, and near the left border of the breast bone; on the other hand the effects of a fire arm being evident, and a pistol recently discharged having also been found at the side of the victim, he stated. »that death se»emed to have been occasioned, first by a cutting instrument which had ope»ned the wound, and afterwards by a fire arm which had penetrated the thoracic cavity.» The fiscal or Proctor of the King and the Judge of instruction called other Physicians to proceed to the authopsy of the body; and they without hesitation declared »that the death of this woman was caused by a fire »arm, *and not the double result of the use of a fire arm and of a cutting instrument.*» [7]

If we wished to preted knowledge, we would explain these anamolies, as they are explained by physiological physicians. We would say that they are produced by the fibres of the skin, that they have not a uniform direction in all the parts of the surface of the body: and if, as there are motives for presuming, this change in the form of the wound, is to be attributed to the direction of the fibres, it is easy to understand why an instrument which opens its way through the textures, leaves such varied impressions in the thickness of the muscular teguments, from the different direction of the fibres. The more violent their separation, so much the greater is the force with which they again approach each other: 1st from the elasticity of the texture: 2nd from their tension: 3rd from the direction of the fibres which constitute it: 4th from its extension: 5th from the contractability of the texture: 6th, in fine, from the muscular contractability. Thus it is that an able observer, in a thesis full of new ideas, founded upon expetience, sustains that, without being well aware of these results, *it would be imposible to judge of the form of the instrument from the shape of the wound.* [8] But we have not the pretension of treating *ex-cathedra* this point of medical science. We are satisfied with having submitted them to the consideration of those who are able to penetrate further into the secrets of nature.

Let us now proceed to the accessory question, promoted by the Dr. of Police in his second examination. After having declared that it was the blow of a fire arm, what he in the first instance considered to be a stroke of an axe, he said: *I also think that the shot has been received from a distance.* Had he comprehended the seriousness of these words, he would not have expressed them in such a superficial and uncertain manner: he would have spoken as a Dr., appealing to the principles of the science which he professes, and examining each of the hypotheses which can be formed in a case of this sort. These hypotheses are three: the shot either proceeds from an arm adhering to the body, or comes from near, or from a distance, and *from a great distance,* as the same Dr. expressed it In the first case when the shot comes from an arm close to the body, the hole which the ball opens is round, clean, without fractures, and as if it had been bored: because the impulsive force is inverse on account of the distance which the projectile traverses, and it is consequently a *maxim* in the hypothesis which is treated of. *When the shot is fired very near the bone,* [says Mr. Devergie, whom we cite with preference, not only on account of the credit which his work enjoys, but in order that it may be easier to ascertain the correctness of our citations], *the ball makes an aperture so much the cleaner, inasmuch as it is impelled by a greater force.* [9] Besides, the hair remains intact, because all the inflamable matter passes rapidly from the arm to the wound, without injuring the adjacent parts: all which circumstances have been verified on the body of Mr. Rodriguez.

But Varela answers with the same ignorance with which he has held forth

[2] Sabatier. *Medicina Operat.* tom. 1.°, pag. 400, edition of 1822.—Richter. *Elements of Surgery.* tom. 1.°—Richerand. *Nosografia quirur.* tom. 1.°, pag. 55 3rd edition.—Boyer. *Treatise on surgical diseases,* etc. tom. 1.°, pag. 327, 1st. edition.—Hennon. *Elements of Military Surgery,* pag. 33, 2nd edition.—Jobert. *Wounds of fire arms.* Paris, 1833, in 8vo. pag. 13.

(3) Devergie. *Legal Medicine.* Paris, 1840, 3rd vol. in 8vo., tom. 2nd pag. 120 edition of 1840.

[4] Document núm. 4.

[5] We do not repeat all the anatomical details of this report, because they are not necessary for our purpose, which is reduced to demonstrate the difference between the dimension and form of the apperture of entrance, and the dimension and form of that of outlet.

[6] Document num. 11.

[7] Devergie. *Work cit.,* tom. 2nd, pag. 117.

(8) Filhos. *Practical and physiological inductions, deduced from observation.* Paris, 1833.

(9) *Legal medecine,* tom. 2nd, pag. 110.

que ha sucedido entre nosotros. No há mucho, un Frances, establecido en San José de Flores, intentó suicidarse; y haciendo tambien uso de una pistola, se pegó un tiro en la region superior del cráneo, mas arriba de la parte fracturada en el Sr. Rodriguez. El Dr. Solier, médico muy conocido y de gran crédito en Buenos Aires, fué llamado á prestarle sus auxilios. Reconoció la herida, encontró la bala, y oyó del mismo Sr. B......, que habia sobrevivido al golpe, las circunstancias de su tentativa, en lo que no puede caber duda, ni haber equivocaciones. Pues bien, una de las observaciones que hizo el médico fué—QUE EL CABELLO NO ESTABA QUEMADO! Despues de esto, ¿se atreverá aun Varela á decir, »que el hecho de la integridad del cabello basta por sí solo á excluir la idea de un »suicidio?» El Sr. Solier reside en Buenos Aires, y el Sr. B......pasó á Montevideo, donde creemos que se halle todavía.

Supongamos ahora que el arma no sea aplicada al cuerpo: entonces habrá combustion, no solamente en los cabellos, sino en las partes adyacentes; y el agujero de entrada será mas ó menos irregular y confracto, segun la mayor ó menor distancia que haya recorrido el proyectil, por las razones que hemos expresado: y basta hacer la aplicacion de estos principios al caso actual para convencerse de lo muy distante que está el Médico de Policía de las doctrinas y de los hechos.

Pero, saliendo de las teorias, preguntarémos al Sr. Cordero, si un asesino, que se propone atentar á la vida de un hombre, armado ó inerme, en la obscuridad de la noche, ¿se coloca a mucha distancia para matarle? Acertar el tiro es su primer objeto, y esto solo puede conseguirlo poniéndose en contacto con la víctima.

Hay ademas otro indicio que contradice la conjetura tan ligeramente aventurada por el Médico de Policía y es la perfecta conservacion del sombrero. De cualquier distancia que hubiese venido la bala no podia penetrar donde ha hecho sus estragos, sin perforar el sombrero: á no ser que se diga que el Sr. Rodriguez se lo habia quitado para no faltar á las reglas de la cortesia hasta en una noche procelosa, y en una playa desierta. Y si lo hubiese perdido en la lucha que inventa Varela para acreditar que hubo asesinato, ¿como no habrian quedado mas vestigios de esta defensa, que debió ser encarnizada, en los vestidos del Sr. Rodriguez que están todos intactos?

Con la simple narracion de los hechos, hemos desbaratado esa armazon mal combinada de imposturas que ha levantado el salvage unitario Varela en el papel que redacta bajo la doble inspiracion de la influencia extrangera y de sus odios civiles. Si pudo haber alguna duda sobre la muerte del ex-Encargado de Negocios de Bolivia, todas ellas se disiparon á la simple lectura de los documentos publicados á los pocos dias de haber sucedido. Lo que mas se admiró en ellos fué la lealtad con que habia procedido la policia en todos sus actos: y entretanto, lo primero que le achaca Varela es haberlos envuelto »*en un misterio aterrador*, para alejar á toda costa la idea de un asesinato.» Pero, ¿se ha dado un solo paso en la averiguacion de este hecho, que no haya sido en presencia del público, ó bajo los ojos de la persona que representaba al comandante Corte, compañero, amigo y compatriota del Sr. Rodriguez? ¡El calumniador insolente á que contestamos, niega á la Policia las atribuciones que le confieren nuestras leyes, y que nunca ha dejado de ejercer desde que fué instituida! ¿Quien sino ella ha descubierto los autores de todos los crímenes que se han perpetrado en la ciudad y en la campaña? Varela le hace un cargo del ningun resultado que han tenido sus esfuerzos para dar con los asesinos de una familia escocesa que fué asaltada en las inmediaciones de Chascomus: pero, por una sola investigacion malograda, ¿cuantas hay que acreditan su celo, y el buen desempeño de sus funciones? Este reproche le fué dirigido tambien por los titulados Ministros pacificadores en su desatinada declaracion de bloqueo; y entonces como ahora podria preguntárseles, ¿si no hay crímenes que quedan desconocidos ó impunes en otras partes? Cuando los Sres. Ouseley y Deffaudis formularon este cargo, se ofrecian recompensas para hallar los que habian cometido un robo cuantioso en una gran casa de comercio en Londres, y se mandaban Comisarios y Almirantes á descubrir los autores del incendio que habia devorado en gran parte uno de los principales astilleros de la Marina en Francia. Nunca se supo ni de los unos, ni de los otros: y si en los grandes focos de la poblacion europea no siempre se consigue pisar las huellas de los criminales, ¿que extraño es que un hecho, ocurrido en un punto aislado de nuestra campaña, que no cuenta menos de cincuenta mil leguas cuadradas de superficie, se haya sustraido hasta ahora á las diligencias de los encargados del buen órden?

Es falso ademas que *las leyes de Buenos Aires y de todo el mundo* prescriban que la direccion exclusiva de las primeras investigaciones de un crímen corresponde á la autoridad judicial, como es problemático que sea esto el mejor modo de proceder para dejar satisfechas las exigencias de la justicia. En Buenos Aires aun no ha sido introducido el juicio por jurados en los asuntos criminales, y por consiguiente no hay mas que la Policía que pueda desempeñar las funciones que en otras partes están confiadas á los jueces de instruccion. Cumular en la misma persona, como absurdamente lo propone Varela, la cuestion de hecho, y la de derecho, sería borrar la línea de demarcacion que las separa en el interés de la verdad y de la justicia. (10)

En Inglaterra, donde están mejor garantidas las libertades públicas, cuando se comete un crímen, el Juez de Paz del condado llama á un *constable* y le dá la órden (*warrant*) de prender al culpable, y de apoderarse de todo lo que pueda servir al esclarecimiento del hecho. Con estos preliminares se inicia el juicio, »sin que ningun oficial público, (dice un escritor acreditado), levante »una informacion del lugar donde ha sido cometido el delito, de las heridas de »la víctima, de las efracciones, y de tantos otros detalles importantes, que solo »se establecen en los debates por la simple declaracion de los testigos.» [11] Y para calcular en qué manos ponen las leyes de Inglaterra los primeros hilos de los juicios criminales, transcribirémos aquí lo que dice el mismo escritor sobre las calidades de un *constable*. »En las grandes ciudades, el empleo de »constable es asalariado, y se confiere á individuos que pertenecen á las cla- »ses inferiores de la sociedad. No es raro ver á estos constables ejercer á »un tiempo algun otro oficio, como, por ejemplo, el de vendedores al menu- »deo.» [12] En Francia mismo, donde se han obrado tantas reformas para mejorar la administracion de justicia, un *gendarme* arresta, sin órden, á un ciudadano, recoge los instrumentos del crímen, inscribe los nombres de los testigos, informa á los magistrados sobre lo que ha visto y oido, y en algunos casos, está tambien autorizado para tomar declaraciones al inculpado y á los testigos, anticipándose de este modo á las actuaciones del Juez.

Varela declara á la Policía cómplice y encubridora de los atentados que se cometen, cuando todos los habitantes de esta ciudad la miran como la mayor garantía de su fortuna y su vida. Tal vez no hay un pais en el mundo donde sean mas raros los crímenes, y mas prontamente castigados los delincuentes. Otro mérito que nadie disputa á la Policía de Buenos Aires, es hacer respetar á todos, no molestar á nadie, y limitar su accion á lo que es estrictamente necesario para mantener la tranquilidad pública. En el suceso del coronel Rodriguez, no solamente no ha salido de la órbita que le demarcan las leyes, sino que no ha dado un solo paso que no haya conducido á un descubrimiento importante. Dudamos que el Juez mas activo y experto hubiese podido hacer mas y mejor de lo que ha hecho la Policía; y esto es precisamente lo que le increpa Varela. Lo que hubiera querido este salvaje unitario es que se dejase correr la especie de que el ex-Encargado de Negocios de Bolivia habia sido asesinado en Buenos Aires; que no se rectificasen los errores del Medico de Policía, y que quedasen con la nota de asesinos y cómplices, los domésticos del Coronel Rodriguez, los funcionarios públicos, el Gefe de Policía, y hasta el Gobierno! Será por esto que en su despecho, exclama: »¿por qué »se dió tanta importancia al lado por donde entró la bala?—¿Por qué....... ¿Para asegurar los procedimientos de la justicia, para no perseguir á los inocentes, para vindicar el honor del pais, y librarlo de la responsabilidad de un crímen voluntario.

Aquí podríamos dar fin á estas observaciones, y ahorrarnos la molestia de descender al exámen parcial de otras especies no menos ridículas que esta: pero no queremos perder la ocasion que se presenta de patentizar hasta donde llega la procacidad de un escritor impudente. Ya hemos hablado de las declaraciones de los facultativos, y es escusado volver sobre ellas. Pero en el fárrago de tantas necedades cuantas ha amontonado Varela en su diatriba, no sería extraño que se nos hubiese escapado alguna, y podria nuestro silencio ser atribuido á la imposibilidad de confundirlo. Tal es, por ejemplo, la peregrina ocurrencia de presentar á los agentes de Policía, armados de pistolas, taladros y estoques, para hecharse con un furor sacrílego sobre un cuerpo exánime. Esta idea es tan bestial que lo único que prueba es que el cerebro de Varela está mas trastornado que el del infortunado Coronel Rodriguez al tiempo del suicidio. ¿Contestaremos ceriamente á este disparate? Sí: queremos dar una nueva prueba de nuestra inagotable paciencia. Fijémonos, pues, en los hechos.

Entre el primer reconocimiento del Médico de Policía, y el segundo que reiteraron con él los Sres. Bosch, Duchesnois y Mackenna, no medió mas intérvalo que el de pocas horas, en las que el cadáver del Sr. Rodriguez quedó expuesto al público en su propia casa. Allí la Policía no tuvo mas ingerencia que custodiar lo que habia, y no se apartó de las órdenes que le fueron dadas. El Dr. Sagardia, delegado del Comandante Corte, asistió á todos los actos que se practicaron, inclusos los reconocimientos. Todo esto prueba la absoluta imposibilidad de hacer lo que sueña Varela, sin haber tomado por confidente al público; porque solo en presencia del público podia haberse despedazado este cráneo con un taladro y un estoque, ó disparado un segundo tiro en uno de los barrios mas poblados de la ciudad, que estaba ya alborotado por el anuncio de la muerte de un vecino expectable.

Con la misma malignidad habla Varela de los demas actos del Departamento de Policía, diciendo que, »todas las diligencias que las leyes generales orde- »nan practicar, en los primeros momentos en que aparece un cadáver con »señales de muerte violenta, *todas han sido omitidas* en el caso del Coronel »Rodriguez.» Se necesita una dosis poco comun de desfachatez para mentir y calumniar de este modo, sobre todo cuando, el únicó cargo que se hace á la Policía, (porque no era posible hacerle otro) es que no hizo reconocer *la postura y el gesto del cadáver*. Pero ¿á que hubiera conducido este reconocimiento, si la misma noche del suceso la creciente del rio sacó el cadáver del lugar donde estaba, para arrastrarlo adonde fué encontrado? ¿Qué deduc-

---

[10] Comte. Consideraciones sobre el poder judicial, y la institucion del juri, pag. 77.

[11] Cottu. De la administracion de la justicia criminal en Inglaterra, cap. 2, pág. 37.

[12] Ibid.

Mais repond Varela avec la même ignorance avec laquelle il a parlé de la forme triangulaire des blessures: »l'intégrité des cheveux, et le fait de n'avoir »pas trouvé sur la peau des taches et de grands vestiges de poudre, *revélènt »avec toite evidence un assassinat.*» Nous pourrions démentir cette proposition, comme nous avons combattu l'autre; mais nous ne voulons pas fatiguer nos lecteurs par nos digressions académiques. Nous nous bornerons á citer un cas pratique, qui est arrive parmi nous mêmes. Il n' y a pas long-temps qu' un Français, établi a San José de Flores, tenta de se suicider; et avant aussi eu recours á un pistolet, il se tira un coup á la région superieure du crâne, au-dessus de la partie fracturée chez Mr. Rodriguez. Le Dr. Solier, médecin trés-connu, et qui jouit d'un grand crédit á Buenos Aires, fut apelé pour lui prêter ses soins. Il reconnut la blessure, trouva la balle, et apprit de M. B........ lui même, qui avait survecu au coup, les circunstances de sa tentative, sur quoi il ne peut y avoir aucun doute, ni des meprises. Eh bien. Une des remarques que fit le medecin, fut—QUE LES CHEVEUX N'ETAIENT PAS BRULES! Aprés cela Varela osera-t il encore dire, »que le »fait de l'intégrité des chéveux suffit à lui seul pour exclure l'idee d'un sui- »cide?» M. Solier reside á Buenos-Aires, et M. B......se retira á Montevi- »deo, oú nous croyons qu'il est dans ce moment.

Supposons maintenant que l'arme ne soit pas appliquée au corps; alors il y aura combustion, non seulement des cheveux, mais des parties adjacentes; et l'ouverture d'entrée, sera plus ou moins irréguliere, et entourée de fractures, selon le plus ou le moins de distante qu'aura parcouru le projectil, par les raisons que nous venons d'exposer. Et on n'a qu'a faire l'application de ces principes au cas actuel, pour voir combien le medecin de Police s'est écarté des doctrines et des faits.

Mais, laissant de côté les théories, nous demanderons á M. Cordero, si un assassin, qui se propose d'attenter á la vie d'un homme, arme ou désarmé, dans l'obscurité de la nuit, se place á une grande distance pour le tuer! Son principal but est de ne pas le manquer, et il ne peut l'atteindre qu'en se mettant en contact avec la victime.

Il y a encore un autre indice qui contredit la conjecture légérement avancée par le médecin de Police, et c'est la parfaite conservation du chapeau. De quelque distance que la balle fût venue, elle ne pouvait pas pénétrer oú elle a fait ses ravages, sans endommager le chapeau; á moins de díre que M. Rodriguez l'avait quitté, pour ne pas manquer aux régles de la courtoisie, même dans une nuit orageuse, et sur une plage déserte. Et s'il avait perdu son chapeau dans la lutte que Varela imagine pour prouver qu'il y a eu un assassinat, comment n'aurait-on pas trouvé d'autres traces de cette défense, qui aurait dú étre acharnée, dans les habits de M. Rodriguez qui sont tous intacts?

Par la simple exposition des faits, nous avons renversé ce monstrueux échaffaudage d'impostures que le sauvage unitaire Varela á élevé dans le journal qu'il rédige sous la double inspiration de l'influence étrangére et de ses haines civiles. Si on avait pu concevoir quelques doutes sur la mort de l'ex-Chargé d'Affaires de Bolivie, ils se dissipérent tous á la simple lecture des documens qu'on publia peu de jours aprés qu'elle fut arrivée. Ce qu'on admira le plus ce fut la loyauté que la Police avait mise dans tous ses actes: et en attendant, la premiére chose qui lui réproche Varela c'est »de les croir enveloppes *dans »un mystére effrayant*, pour éloigner á tout prix l'idee d'un assassinat.» Mais a-t-on fait un seul pas dans cette enquéte qui n'ait été en presence du public, ou sous les yeux de la personne qui représentait M. Corto, le compagnon, l' ami et le compatriote de M. Rodriguez? Le calomniateur audacieux á qui nous répondons, méconnaît dans la Police les attributions que nos lois lui donnent, et qu'elle n'a jamais cessé d'exercer depuis son institution. Quel autre qu'elle a découvert les auteurs de tous les crimes qui ont été commis dans la ville, et dans la campagne? Varela lui reproche l'inutilité de ses efforts pour découvrir les assassins d'une famille écossaise, qui fut attaquée prés de Chascomus; mais, pour une seule recherche infructueuse, combien y en a-t-il qui accréditent son zéle, et l'exercice utile de ses fonctions? Ce reproche lui fut aussi adressé par les soi disant Ministres pacificateurs dan leur ridicule déclaration de blocus, et alors comme á présent, on pourrait leur demander, s'il n'y a pas de crimes qui restent inconnus et impunis en d'autres pays? Quand MM. Ouseley et Deffaudis formulérent ce grief, on offrait des recompenses pout atteindre ceux qui avaient commis un vol considérable dans une grande maison de banque de Londres, et on envoyait des commissaires et des amiraux pour découvrir les auteurs de l'incendie qui avait devoré en grande partie un des principaux chantiers de la marine en France. On n'a jamais rien su ni des uns ni des autres: et si dans les grands foyers de la population européenne, on ne parvient pas toujours á suivre les traces des criminels, qu'y a t-il d'étrange si un fait, arrivé dans un point isolé de notre campagne, qui ne compte pas moins de cinquante mille lieues carrées d'étendue, se soit soustrait jusqu'á present aux recherches de ceux qui sont chargés de la conservation du bon ordre?

Il n'este pas vrai d'ailleurs que *les lois de Buénos-Ayres et de tout le monde* ordonnent que la direction exclusive des premiéres investigations d'un crime appartienne á l'autorité judiciaire, comme il est problematique que ce soit la meilleure maniére de satisfaire les exigeances de la justice. Le jugement par jurés n'a pas encore été introduit á Buenes-Ayres dans les affaires criminnelles, et par conséquent il n'y a que la Police qui puisse se charger des fonctions que remplissent ailleurs les juges d'instruction. Confier á la même personne, comme Varela a l'ingénuité de le proposer, la question de fait et celle de droit, ce serait effacer la ligne de démarcation qui les sépare dans l'intéret de la vérité et de la justice. (10)

En Angleterre, oú les libertes publiques sont le mieux garanties, quand on commet un crime, le juge de paix du comté appelle un *constable*, et lui donne l'ordre [*warrant*] de saisir le coupable, et de s'emparer de tout ce qui peut servir á l'éclaircissement du fait. C'est avec ces préliminaires qu'on commence le procés, »sans qu'aucun officier public [dit un auteur estimé] dresse »un procés verbal du lieu oú le délit a été commis, des blessures de la victime, »des effractions, et de tant d'autres circonstances importantes, qui ne s'éta- »blissent qu'aux débats, par la simple déclaration des témoins.» [11] Et pour faire comprendre dans quelles mains les lois d'Angleterre mettent les premiers fils des jugemens criminels, nous transcrirons ce que dit le même auteur des qualités d'un *Constable*. »Dans les grandes villes, la place de constable est »salariée, et donnée á des individus pris dans les rangs inférieurs de la société. »Il n'est pas rare de voir ces constables exercer en même temps une autre »profession, comme celle du commerce en détail (12).» En France même, oú on a entrepris des formes pour améliorer l'administration de la justice, un *gendarme* arrête, sans ordre, un citoyen, saisit les instrumens du crime, prend les noms des témoins, fait aux magistrats le rapport de ce qu'il a vu et entendu, et en certains cas, il est aussi autorisé á prendre des déclarations au prévenu et aux témoins, en dévançant les opérations du juge.

Varela déclare la Police complice des attentats qui se cometlent et qu'elle cache, tandis que tous les habitans de cette ville la regardent comme la meilleure garantie de leur fortune et de leur vie. Il n'y a peut-être pas de pays au monde oú les crimes soient plus rares, et oú les criminels soient plus promptement punis. Un autre mérite, que personne ne conteste á la Police de Buenos Ayres, est de faire respecter tout le monde, de ne tracasser personne, et de borner son action á ce qui est strictement nécessaire pour maintenir la tranquilité publique. Dans l'affaire du coronel Rodriguez, non seulement elle s'est renfermée dans l'orbite qui lui est marquée par les lois, mais elle n'a fait un seul pas qui n'ait conduit á une découverte importante. Nous doutons que le juge le plus actif et le plus intelligent eût fait plus et mieux qu'elle C'est précisément ce que Varela lui reproche: ce que ce sauvage unitaire aurait voulu c'est qu'on eût laissé courir le bruit que l'ex-Chargé d'Affaires de Bolivie avait été assassiné á Buenos Ayres; qu'on eût fait passer sans contrôle les erreurs du médecin de Police, et qu'on eût laissé sous l'accusation d'assassins et de complices, les domestiques du coronel Rodriguez, les fenctionnaires publics, le Chef de Police, et jusqu'au Gouvernement! C'est pour cela sans doute que, dans sa rage, il s'écrie: »pourquoi a-t-on mis tant d'importance á savoir de quel côté était entré la balle? Pourquoi......? Pour assurer les procedés de la justice, pour ne pas poursuivre des innocens, pour sauver l'honneur du pays, et le décharger de la responsabilité d'un crime volontaire.

Nous pourrions terminer ici ces observations, et nous éviter la peine de descendre á l'examen partiel d'autres suppositions tout aussi ridicules que celles que nous venons de combattre: mais nous ne voulons pas perdre l'occasion qui se présente de montrer jusqu'oú peut aller l'audace d'un auteur impudent. Nous avons déjá parlé des déclarations des médecins, et il n'est pas nécessaire de revenir sur ce sujet. Mais, dans le fatras de tant de bêtises amoncelées par Varela dans sa diatribe, il ne serait pas étrange qu'il nous en fût échappée quelqu'une, et qu'on attribuat notre silence á l'impossibilité de le confondre. Telle est, par exemple, la singuliére invention de présenter les agens de Police, armés de pistolets, de tariéres, et d'estocs pour se jeter avec une fureur sacrilége sur un corps inanimé. C'est une idée si bestiale, que la seule chose qu'elle prouve c'est que le cerveau de Varela est encore plus dérangé que celui du malheureux colonel Rodriguez au moment de commettre un suicide. Répondrens-nous sérieusement a cette niaiserie? Oui: nous voulons donner une nouvelle preuve de notre patience intarissable. Arrêtons-nous donc sur les faits.

Entre la premiére reconnaissance du médecin de Police, et la seconde, qui fut répétée devant lui par MM. Bosch, Duchesnois et Mackenna, il n'y eut que quelques heures d'intervalle, pendant lesquelles le cadavre de M. Rodriguez resta exposé au public, dans sa propre maison. La Police n'y joua d' autre rôle que celui de prendre soin de ce qu'il y avait, et elle ne s'écarta point des ordres qu'elle avait reçus. Le Dr. Sagardia, représentant du Commandant Corte, assista á tous les actes qu'on y praticua, y compris les reconnaissances. Cela prouve l'impossibilité absolue de faire ce que Varela a imaginé, sans qu'on eût pris pour confident le public; car ce n'était qu'en présence du public qu'on pouvait percer ce crâne avec une tariére et un estoc, ou tirer un autre coup de pistolet dans un des quartiers les plus peuplés de la ville, qui était déjá en sursaut par l'annonce de la mort d'un voisin respectable.

C'est avec la même malveillance que Varela parle des autres actes du Département de Police, en disant que »toutes les recherches que les lois géné- »rales ordonnent de faire dans les premiers momens de l'apparition d'un ca- »davre avec des signes d'une mort violente, *ont été négligees* dans le cas du

---

[10] Comte. Considérations sur le pouvoir judiciaire et sur l'institution du jury, pag. 77.

[11] Cottu. De l'administration de la justice criminelle en Angleterre, chap. 2, pag. 37.

[12] Ibid.

upon the form of triangular wounds: »the integrity of the hair, and the cir- »cumstance of stains and marks of powder not having been found upon the »skin, *reveal with full evidence an assassination.*» We could prove this proposition to be false, as we have refuted the other; but we do not wish to tire our readers with our academical digressions. We will be satisfied with citing a practical case which has happened amongst us. Not long ago, a Frenchman residing in San José de Flores, attempted to commit suicide; and making use also of a pistol, he shot himself through the superior region of the cranium, higher up than the part fractured of Mr. Rodriguez. Doctor Solier, a well-known physician, and of great credit in Buenos Ayres, was called in to assist him. He examined the wound, found the ball, and heard from the very Mr. B......, who had survived the blow, the circumstances of his attempt, in which there can be no doubt nor can there be any mistake. Well then, one of the observations made by the Doctar was—THAT THE HAIR WAS NOT BURNED! After this, will Varela dare to say, that the fact of the integrity of the hair suffices of itself to exclude the idea of suicide?» Mr. Solier resides in Buenos Ayres, and Mr. B...... went to Montevideo, where we believe he still is.

Let us now suppose that the arm be not applied to the body: combustion will then take place, not only in the hair, but in the adjacent parts; and the hole of entrance will be more or less irregular and fractured, according to the greater or less distance which the projectile may have traversed, for the reasons we have already stated: and it is enough to make the application of these principles to the actual case for being convinced how greatly mistaken the Doctor of Police is respecting the doctrines and facts.

But, departing from theories, we will ask Mr. Cordero, whether an assassin who intends to attempt the life of another, armed or defenceless, in the dark of the night would place himself at a great distance to kill him? To hit the mark is his first object, and this can only be obtained by placing himself in contact with his victim.

There is besides another indication which contradicts the conjecture, with so much levity ventured by the Doctor of Police, that is the perfect preservation of the hat. From whatever distance the ball might have come, it could not penetrate the part where it has made its destruction without perforating the hat: unless it is said that Mr. Rodriguez had taken it off, in order not to act against the rules of courtesy, in a stormy night on a deserted beach. And had he lost it in the struggle invented by Varela for accrediting that it was an assassination, how is it that more vestiges of this defence, which must have been violent, have not remained on the clothes worn by Mr. Rodriguez, which are all intact?

By the simple recital of the events, we have destroyed that ill got up fabric of impostures raised by the ruthless unitarian Varela in the paper which he edits under the double inspiration of foreinng influence and of his civil odium. If any doubts could exist respecting the death of the ex-Chargé d'Affairs of Bolivia, all of them were dissipated by the simple perusal of the documents published a few days after the event. What was most admired in them was the loyalty with which the Police had proceeded in all its acts: and in the meantime, the first thing which Varela brings against it, is its having involved them *in a frightful mystery*, in order to dissipate by every means the idea of an assassination. But has a single step been taken in the investigation of this event which has not been in the presence of the public, or under the eyes of the person who represented Commander Corte, a companion, friend and countryman of Mr. Rodriguez? The insolent calumniator whom we answer, denies the Police the attributions confided to it by our laws, and which it has never ceased to exercise ever since it was instituted! Who but it has discovered the authors of all the crimes which have been perpetrated in the city and country? Varela charges it with the bad result of its efforts in discovering the assassins of a Scotch family assaulted in the vicinity of Chascomus; but, for the failure of one single investigation, how many are there which prove its zeal and the faithful discharge of its functions? This reproach was also addressed it by the titled pacifying Ministers in their extravagant declaration of blockade; and then, as now, we could ask them, if there are not crimes which remain unknown and unpunished in other parts? When Messrs. Ouseley and Deffaudis formulated this charge, recompenses were offerd for finding out those who had committed an immense robbery in a very large commercial house in London, and Commissaries and Admirals were sent to discover the authors of the fire which had consumed the greater part of one of the principal dock yards in France. Nothing was ever known of either of them: and if in the great focus of European populations, the steps of criminals cannot always be traced, what wonder is it that an event occurred in an isolated part of our country, which has a surface of more than fifty thousand square leagues, should have up to the present evaded the endeavours of those encharged with the preservation of good order?

It is besides false that *the laws of Buenos Ayres and of all the world* prescribe that the exclusive direction of the first investigations of a crime belong to the judicial authority, as it is problematic that this is the best way of proceeding for satisfying the exigencies of justice. In Buenos Ayres trial by jury in criminal affairs has not yet been introduced, and consequently there is none but the Police that can discharge the functions which in other parts are confided to the judges of instruction. To accumulate in the same person, as Varela absurdly proposes, the question *de facto* and that of law, would be to efface the line of demarcation which separates them in the interest of truth and justice. (10)

In England, where public liberty is better guarantied, when a crime is committed, the justice of peace of the district calls a *Constable*, and gives him the order (*warrant*) for arresting the culpable, and for taking possession of all what could serve to the illustration of the event. With these preliminaries the trial is initiated, »without any public officer, (says an accredited writer), »taking an account of the place where the crime has been committed, of the »wounds of the victim, of the fractions, and of so many important details, »which are only established in the debates by the simple declarations of the »witnesses.» (11) And in order to calculate into what hands the first direction of criminal trial is placed by the laws of England, we will here transcribe what the same writer observes respecting the quality of a *Constable*. »In the great cities, the one holding the office of Constable is paid, and is »conferred upon individuals belonging to the lower class of society. It is not »uncommon to see these Constables employed in other occupations, grocers »for example.» (12) Even in France, where so many reforms have been effected for bettering the administration of justice, a *gendarme* arrests, without an order, a citizen, takes possession of the instruments with which the crime was committed, inscribes the names of the witnesses, reports what he has seen and heard to the magistrates, and is sometimes authorized to take declarations from the accused and from the witnesses, thus anticipating the actuations of the judge.

Varela declares the Police accomplice and concealer of the outrages which are committed, when all the inhabitants of this city consider it as the greatest guarantee of their lives and property. Perhaps there is not a country in the world in which crimes are more rare, and where the delinquents are sooner punished. Another merit which no one disputes to the Police of Buenos Ayres, is that of causing every one to be respected, not to molest any body, and limit its action to what is strictly necessary for maintaining public tranquillity. In the case of Colonel Rodriguez, it has not only not departed from the orbit marked out to it by law, but it has not taken a single step which has not been conducive to an important discovery. We doubt whether the most active ond expert judge could have done more than what the Police has done; and this is precisely what Varela increpates. What this ruthless Unitarian would have wished is, that the report should have been allowed to run that the ex-Chargé d'Affaires of Bolivia had been assassinated in Buenos Ayres; that the mistakes of the Doctor of Police should not have been rectified, and that the servants of Colonel Rodriguez, the public funtionaries, the Chief of Police, and even the Government should have remained with the stigma of assassins and accomplices! It is no doubt on this account that he in his rage exclaims: "why has so much importance "been given to the side on which the ball entered?" Why......? To secure the proceedings of justice, not to persecute the innocent, to vindicate the honor of the country, and free it from the responsibility of a voluntary crime.

We could here close these observations, and spare ourselves the trouble of descending to the partial examination of other reports not less ridiculous than this; but we do not wish to lose the opportunity which presents itself of clearly demonstrating to what degree the procacity of an impudent writer is carried. We have already spoken of the declarations of the professors, and it is useless to return to them again. But in the medley of so many ignorant assertions, as Varela has heaped up in his diatribe, it is no wonder that some should have escaped us, and our silence be attributed to the impossibility of refuting them. Such is for example, the wonderful idea of presenting the agents of the Police armed with pistols, augers, and sword canes, attacking a lifeless body with sacrilegious fury. This idea is so beastly that the only thing which it proves is that Varela's head is more deranged than that of the unfortunate Colonel Rodriguez at the moment he committed suicide. Shall we answer this nonsense seriously? Yes: we wish to give a new proof of our inexhaustible patience. Let us then observe the facts.

Between the first examination by the Doctor of Police, and the second repeated with him by Messrs. Bosch, Duchesnois and Mackenna, the interval of only a few hours mediated, during which the body of Mr. Rodriguez remained exposed to the public in his own house. There the Police had no other interference than that of guarding what the house contained, and did not deviate from the orders it had received. Dr. Sagardia, the delegate of Commander Corte, was present in all the acts which were practised including the examinations. All this proves the absolute impossibility of doing what Varela dreams, unless the public was taken as a confident; because only in the presence of the public could this cranium have been disfigured by an auger and a sword-cane, or a second shot be fired in one of the most public parts of the city, already crowded in consequence of the announcement o the death of a conspicuous neighbour.

Varela speaks with the same maliguity of the rest of the acts of the Police Department, stating that "all the steps which the general laws order to "be practised on the first appearance of a body with marks of a violent

---

(10) Comte. *Considerations upon the judicial power, and the institution of jury*, pag. 77.

(11) Cottu. *Upon the administration of public justice in England*, cap 2nd pag. 37.

(12) *Ibid.*

ciones podian sacarse de la postura y del gesto que tomaria este cuerpo despues del suicidio? Y la prueba que la creciente de aquella noche fué extraordinaria, la ministra el mismo hallazgo de la varita y del sombrero, que asomaron, la una á tres cuadras mas al Sud del lugar donde amaneció el cadáver, y el otro á seis cuadras mas al Norte, casi enfrente de la Comandancia de Marina. Pasó, pues, el rio por una doble crísis, producida por la variacion de los vientos, y por el incremento de las aguas, que cubrieron los puntos mas altos y mas retirados de la playa. Esto explica tambien la infructuosidad de las diligencias que se practicaron para hallar el arma con que se suicidió el Coronel Rodriguez. En estas conmociones, las aguas del rio acarrean y revuelven una cantidad considerable de arena, y es natural que una pistola, que por su peso se hunde en un suelo blando, desaparezca sin dejar ningun rastro.

Pretende Varela, que estas observaciones »son el punto de partida de los procedimientos judiciales !» Si asi fuese, ningun punto de partida tendrian las nueve decimas partes de las diligencias que se practican en Francia y en Inglaterra, donde casi no hay dia en que no se recoja algun cadáver en la orilla del Sena ó del Támesis : y aunque sea muy raro hallar las armas que han causado su muerte, esta falta no impide que se distinga el suicidio del asesinato, como con un mayor número de datos se ha conseguido determinarlo en el caso del Sr. Rodriguez.

Otra pregunta que hace Varela es ¿ quien desnudó el cadáver, cuando, donde y porqué?—Vamos á satisfacerle. Nadie pensó en quitarle los vestidos con que fué encontrado :—ni los dos Alcaldes que lo levantaron del sitio á donde lo habia arrastrado la corriente, ni los dos Comisarios que lo depositaron en su casa, ni los domésticos que lo recibieron llorando. Los dos primeros reconocimientos se practicaron sin que nada se quitase ó añadiese al trage que tenia la víspera : y si los facultativos no hablaron de vestidos en sus informes, no es porque no los vieron, sino porque tal vez nada habia que decir sobre ellos.

Otra prueba evidente, segun Varela, de que el Sr. Rodriguez murió asesinado, es que las heridas eran de arma de fuego: y su raciocinio es el siguiente—*El hecho de oir un tiro puede ser cierto, pero jamas será indicio remotísimo de suicidio !* Esto ya raya en la imbecilidad y la insania. El Sr. Rodriguez era desgraciado : tenia una pistola cargada á bala, que no se encontró donde la guardaba : llevaba en su bolsillo dos cebas fulminantes : salió de su casa el dia en que debia pagar á sus acreedores y prepararse al viaje que habia anunciado : se fué á pasear en la playa, entre potreros y toscas donde nadie se pasea, y allí pasó solo toda la tarde, y una parte de la noche, abrazado por los rayos del sol, y amenazado por la tormenta : al poco tiempo de haber sido observado, se oye en aquellos parages la detonacion de una arma de fuego, y al dia siguiente amanece su cadáver con el cráneo traspasado por una bala del mismo calibre de la pistola que llevaba ; y *todo esto puede ser cierto, sin que el hecho de oir un tiro sea jamás indicio remotísimo de un suicidio!!!* Pero, sométase este caso á todos los *coroners*, á todos los jueces de instruccion, á todos los jurados del mundo, y véase si, con la mitad de estos datos, no declaran unanimemente que es de toda evidencia que se ha suicidado. Y con mas razon aquí, donde casi no hay ejemplo de asesinatos cometidos con armas de fuego. La pistola, el hacha, el taladro, el estoque, todos estos instrumentos homicidas que ha imaginado Varela en su delirio, no son armas del pais : la única que manejan los díscolos, y aun los que no lo son, es el puñal y con arrojo y de frente, como acostumbran los hombres valientes, porque un Argentino nunca es cobarde, aunque deje de ser virtuoso.

Hemos nombrado al *coroner*, y no es fuera de propósito hablar de sus funciones en Ynglaterra. En cada uno de los condados en que se divide aquel reino, existen cuatro oficiales municipales de este nombre, encargados de la averiguacion de algunos crímenes especiales. Muere por ejemplo, un individuo, con sospecha de que no haya sido natural su muerte : el *coroner*, acompañado de doce vecinos y de un medico que toma al caso, preside el reconocimiento del cadáver, recibe la informacion del experto, habla con los testigos, y para librar á la familia del difunto de la confiscacion, y de la afrenta de arrastrar á uno de sus deudos, y dejarlo enterrado en un camino público, segun lo prescribe una antigua ley que no está derogada, declara, contra su convencimiento, y las mas veces contra lo que puedan opinar los testigos que el suicida ha muerto en un estado de demencia, y *por la visitacion de Dios.* Con esto acaba el juicio; ni se multiplican los trámites por la condicion del difunto, por mas elevado que sea su rango. Cuando el Lord Castlereagh atentó á su vida en su castillo de *North Cray* en el condado de Kent, donde no habia mas que su ama de llave y un médico, se presentó el *coroner*, y preguntó al mismo médico del Lord—¿Quién lo ha muerto?—El médico contestó que, no habiéndole hallado en su aposento donde habia sido llamado, fué á buscarlo en el tocador donde lo encontró; y que al entrar, le dijo Milord : *Bonkhead*, (este era el nombre del médico) *dejadme caer en vuestros brazos—¡Todo está concluido !* Que entonces se apercibió que tenia un cortaplumas en la mano derecha, fuertemente cerrada y toda cubierta de sangre. Al caer, se reclinó hácia un lado : la sangre brotaba en abundancia de la herida, y de allí á un minuto ya estaba muerto—Despues de una conferencia que no duró media hora, el *coroner*, que tal vez nunca habia visto al Lord hasta entonces, hizo su declaracion (*verdict*) en estos términos.

»El lúnes, 12 de agosto *y algun tiempo antes*, el muy noble Roberto, Mar»ques de Londonderry, ha sido acometido de una enfermedad grave, que le ha »ocasionado el delirio y la pérdida del juicio. En este estado se ha hecho, »con una navaja *de fierro y acero*, en la arteria carotida, en el lado izquierdo »del cuello, una herida de una pulgada de largo y de media pulgada de pro»fundidad, de la que ha muerto al instante. *Nadie mas que él ha sido la "causa de su muerte."*

Compárese este procedimiento sumario con todo lo que se ha hecho para averiguar y declarar el suicidio del coronel Rodriguez, y dígase de qué lado ha habido mas escrupulosidad y acierto. Y no se olvide que en el caso del Lord Londonderry, procedieron los jurados con arreglo á las leyes de Ynglaterra, y con el respeto debido al primer Ministro de la Corona, y al sucesor de Pitt. Ni se extrañó entonces que no se encontrase un escrito en que el noble lord manifestase la intencion de suicidarse, como aparenta extrañarlo Varela en el caso del Sr. Rodriguez, para sacar un nuevo argumento en apoyo de su desatinada imputacion de asesinato. ¿ En qué criminalista ha leido que la falta de un acto voluntario, y no inevitable, pueda servir á formar cargos, y cargos tan graves contra un inocente? Porque en todo lo que dice Varela no hay una sola cosa que dé á sus calumnias el menor viso de probabilidad ó verosimilitud.

Lo que escribe contra el Gobierno no merece ser contestado, y temeriamos faltar al respeto que debemos al General Rosas si emprendiesemos su defensa. ¿ Qué motivo podia tener el Gobernador de Buenos Aires para ofender al que no lo habia ofendido? Perseguir á nuestros enemigos, se entiende : ni aun esto lo ha hecho el General Rosas, que ha perdonado y perdona generosamente á los que han atentado á su honor, á su poder, y hasta á su existencia. Pero mandar asesinar á nuestros amigos, á los que nos han dado pruebas de adhesion, y que han correspondido á nuestros deseos ó á nuestras esperanzas, es una idea tan extravagante que solo puede unidarse en una alma corrompida y perversa.

Aun concediéndole que todo fuese cierto, tendria que alegar las pruebas de la participacion que imputa al Gobierno de Buenos Aires en esto que él llama asesinato. Porque si el Gefe de Policía ha hecho lo que las leyes del pais le mandan, ¿ como se le puede atribuir este crímen, ó colgarlo al Gobierno? De este modo seria obra de la Policía y del Gobierno el robo de la casa de Zimmermann, la muerte de Achinelli, el descuartizamiento de un vasco, y todos los crímenes que se han cometido, ó se cometan, porque en todos ellos ha entendido y entiende la Policía en el exacto cumplimiento de sus deberes.

El caso es muy distinto, dirá el salvage unitario Varela : porque con todos los que V. acaba de nombrar, no habia *razon de estado*, ni enemistades políticas......—Y ¿ cual era la razon de estado, ó la enemistad política que existia entre el Gobierno de Buenos Aires, y el ex-Agente de Negocios de Bolivia? ¿ No ha acusado el mismo Varela al Coronel Rodriguez *de servilidad, y prostitucion al General Rosas, á quien*, ha dicho, *ensalzaba del modo mas vil en sus documentos oficiales ?*

Nuestros lectores deben estar cansados de tantos disparates, y no lo estamos menos nosotros. Baste pues con lo dicho para concluir que, si nunca han faltado calumniadores en el mundo, jamás ha habido uno mas torpe y mas desatinado que el salvage unitario Varela, órgano inmundo de la intervencion extrangera.

[Del »*Archivo Americano*» del 31 de Mayo último].

»colonel Rodriguez.» Il faut une dose peu commune d'effronterie pour mentir, et pour calomnier de la sorte; surtout quand le seul reproche qu'on adresse á la Policia [parce qu'il était impossible de lui en faire d'autres] c'est, de n'avoir pas fait reconnaitre *la posture et le geste du cadavre.* Mais de quoi aurait-elle servie cette reconnaissance, si la nuit méme de l'événement, l'accroissement de la riviére entraina le cadavre du lieu oú il était, á l'endroit oú on l'a trouvé? Quelles déductions pouvait-on tirer de la posture et du geste que ce corps avait pris aprés le suicide? Et la preuve que la marée de cette nuit fut extraordinaire, se trouve dans la découverte de la petite canne, et du chapeau, qu'on ramassa l'une, á trois *quadres* au sud de l'endroit oú gissait le cadavre, et l'autre á six *quadres* plus au nord, presqu'en face de la Commandance de Marine. La riviére passe donc par une double crise, déterminée par la variation des vents, et par l'accroissement des eaux qui couvrirent les points les plus élevés et les plus retirés de la plage. C'est ce qui explique aussi l'inutilité des recherches faites pour rencontrer l'arme avec laquelle s'était suicidé le colonel Rodriguez. Dans ces commotions, les eaux de la riviére charrient et soulévent une trés grande quantité de sable, et il est naturel qu'un pistolet, qui s'enfonce par son propre poids, dans un sol mouvant, disparaisse sans laisser aucune trace.

Varela pretend que ces observations, »sont le point de départ des procédés judiciaires!» S'il en était ainsi, les neuf dixiémes des enquétes qu'on fait en France et en Angleterre, oú it n'y a presque pas de jour qu'on ne ramasse quelque cadavre sur les bords de la Seine ou de la Tamise, n'auraint aucun point de départ ; et quoiqu'il arrive trés-rarement de trouver les armes qui en ont causé la mort, cette circonstance n'empéche pas qu'on distingue le suicide d'un assassinat, comme avec un plus grand nombre de données on est parvenu á le reconnaitre dans le cas de M. Rodriguez.

Varela demande aussi qui a déshabille le cadavre, quand, oú, et pourquoi? Nous allons le satisfaire. Personne ne songea á lui ôter les habits qu'il avait quand on le trouvát :—ni les deux alcaldes qui l'enlevérent du lieu oú le courant l'avait déposé, ni les deux commissaires qui l'amenérent chez lui, ni les domestiques qui le reçurent en pleurant. Les deux premiéres reconnaissances furent practiquées sans rien ôter, ni ajouter aux habits qu'il avait la veille ; et si les médecins n'ont pas parlé d'habits dans leurs rapports, ce n'est pas parce qu'ils ne les virent pas, mais probablement parce qu'ils n'avaient rien á en dire.

Une autre préuve évidente, selon Varela, que M. Rodriguez est mort assassiné, c'est que ses blessures étaient d'arme a feu, et voici son raisonnement : —*Le fait d'entendre un coup peut étre vrai, mais il ne sera jamais un indice pas méme trés éloigne, de suicide.* C'est déja tomber dans l'imbécillité et dans la démence. M. Rodriguez était malheureux : il avait un pistolet chargé á balle qu'on ne rencontra pas oú il le gardait; il avait dans sa poche deux capsules á piston : il sortit de chez lui le jour oú il avait promis de payer ses créanciers et dans lequel il devait se préparer pour le voyage qu'il avait annoncé : il alla se promener du côté de la riviére entre des enclos et des roches, ou personne ne se proméne, et il y resta seul toute l'aprés-dinée, et une partie de la nuit, exposé aux rayons du soleil, et menaçé par l'orage: peu aprés, on entend dans le méme endroit oú on l'avait vu, la détonation d'une arme á feu, et le lendemain on rencontre son cadavre, ayant le crâne traversé par un balle du méme calibre que le pistolet qu'il avait : et *tout cela peut-étre vrai, sans que le fait d'entendre un coup puisse jamais étre un indice, pas méme très-éloigné, de suicide !!* Mais qu'on soumette ce cas á tous les *coroners*, á toutes les juges d'instruction, á tous les jurés du monde, et l'on vera si, avec la moitié de ces données, ils ne déclarent tous unanimement qu'il est de toute évidence qu'on s'est suicidé. Et á plus forte raison ici, oú il n'y a presque pas d'exemple d'assassinat commis avec des armes á feu. Le pistolet, la hache, la tariére, l'estoc, tous ces instruments homicides que Varela a imaginés dans son délire, ne sont pas les armes du pays : la seule dont se servent les querelleurs, et méme ceux qui ne le sont pas, c'est le poignard, et par devant et avec courage, comme font les braves, car un Argentin n'est jamas lache, quand meme il cesse d'étre vertueux.

Nous avons nommé le *coroner*, et il n'est pas hors de propos de parler de ses functions en Angleterre. Dans chacun des comtés dans lesquels se divise ce royaume, il y a quatre officiers municipaux de ce nom, chargés de la recherche de quelques crimes spéciaux. Par exemple, un individuo meurt avec soupçon, que sa mort n'est pas naturelle : le *coroner*, accompagné de douze bourgeois, et d'un medecin, qu'il prend au hazard, preside á la reconnaissance du cadavre, reçoit le rapport de l'expert, cause avec les témoins, et pour éviter á la famille du défunt la confiscation et la honte de trainer, et d'enterrer un de ses proches parens sur un grand chemin, comme il est ordonné par une ancienne loi, qui n'a pas encore été abrogée, il déclare, contre sa conviction, et le plus souvent contre ce que peuvent opiner les témoins, que la personne suicidée est morte dans un état de démence, *et par la visitation de Dieu.* Le jugement en finit lá; et on ne fait jamais plus, quelqu'elevée que soit la condition ou le rang du defunt. Quand Lord Castlereagh attenta á ses jours dans son chateau de *North Cray* dans le comté de Kent, et oú il n'y avait que sa femme de charge et son médecin, le *coroner* se présenta, et demanda á celui-ci : qui l'a tué? Le médecin répondit que, ne l'ayant pas trouvé dans son appartement, oú on l'avait fait appeler, il était allé le chercher dans le cabinet de toilette, oú il le rencontra : et qu'en entrant, Milord lui dit : *Bankhead*, [c'était le nom du médecin] *laissez-moi tomber dans vos bras—Tout est fini!* Qu'alors il s'appergut qu'il avait un canif dans la main droite qui était fortement fermée, et toute couverte de sang. En tombant, Milord se peucha de son côté : le sang coulait en abondance de la blessure, et une minute aprés, il était mort. Aprés une conférence qui ne dura pas une demie heure, le *coroner*, qui n'avait peut être jamais vu Milord jusqu'alors, fit sa déclaration [*verdict*] dans ces termes—

»Lundi, 12 Août, *et quelque temps auparavant*, le trés-noble Robert, Mar»quis de Londonderry, a été attaqué d'une maladie grave, qui lui a occasionné »le delire et la perte du jugement. Dans cet état, il s'est fait, avec un canif »*de fer et d'acier*, dans l'artére carotide, au côté gauche du cou, une blessure »d'un pouce de long, et d'un demi-pouce de profondeur, de laquelle il est mort »á l'instant. *Personne qui lui n'a été la cause de sa mort.*»

Qu'on compare ce procédé sommaire avec tout ce qu'on a fait pour constater, et pour déclarer le suicide du colonel Rodriguez, et qu'on dise de quel côté il y a eu plus de soine et d'empressement. Et qu'on n'oublie pas que dans le cas de Lord Londonderry, les jures procédaient d'aprés les lois d'Angleterre, et avec le respect dû au premier Ministre de la courone, et au successeur de Pitt. Et personne ne s'étonna qu'on ne trouvát pas d'écrit, dans lequel le noble Lord eût annoncé l'intention de se suicider, comme Varela a l'air de le faire dans le cas de M. Rodriguez, et seulement pour en tirer un nouvel argument á l'appui de sa ridicule imputation d'assassinat. Dans quel criminaliste a-t il lu que le défaut d'un acte volontaire et non inévitable, puisse servir a formuler des griefs, et des griefs si graves, contre un innocent? Car dans tout ce que dit Varela il n'y a pas un seul mot qui donne á ses calomnies la moindre apparence de probabilité ou de vraisemblance.

Ce qu'il dit contre le Gouvernement ne mérite pas de réponse, et nous craindrions de manquer au respecte que nous devons au Général Rosas si nous prénions sa défence. Quelle raison aurait-il eue le Gouverneur de Buenos Ayres d'offenser celui qui ne lui avait fait aucune offense? Poursuivre ses ennemis, cela s'entend; et ce n'est pas méme ce qu'a fait le Général Rosas, qui a pardonné, et qui pardonne généreusement ceux qui ont attenté á son honneur, á son pouvoir et jusqu'á son existence. Mais faire assassiner nos amis, ceux qui nous ont donné des preuves d'attachement, et qui ont répondu á nos désirs ou á nos espérances, c'est une idée si extravagante, qu'elle ne peut se nicher que dans une ame corrempue et perverse.

Mais, méme en accordant que tout cela fût vrait, il resterait á fournir les preuves de la participation qu'il attribue au Gouvernement de Buenos Ayres dans ce qu'il appelle un assassinat : car si le Chef de Police a fait ce que les lois du pays lui ordonnent, comment l'accuserait-on de ce crime, ou pourquoi l'attribuerait-on au Gouvernement? De cette maniére il faudrait imputer á la Police et au Gouvernement le vol de la maison de Zimmermann, le meurtre d'Achinelli, le dépécement d'un basque, et tous les crimes qui ont éte commis ou qu'on commettra, parce que c'est toujours la Police qui les a poursuivis et qui les recherche, dans le plus strict accomplissement de ses devoirs. Le cas est bien différent, dira le sauvage unitaire Varela : parce qu'avec tous ceux que vous venez de nommer il *n'y avait point de raison d'état*, ni d'inimitiés politiques......—Et quelle était la raison d'etat ou l'inimitié politique qui existait entre le Gouvernement de Buénos-Ayres et l'ex-Agent d'Affaires de Bolivie? Varela lui-méme n'a-t-il pas accuse le colonel Rodriguez *de bassesse et de prostitution au Général Rosas, qu'il louait*, dit-il, *de la maniére la plus vile dans ses documens officiels?*

Nos lecteurs doivent étre déja fatigués de tant de bavardage, et nous ne le sommes pas moins. Ce que nous avons dit est assez pour conclure que, s'il y a toujours eu des calomniateurs dans le monde, on n'en a jamais vu de plus maladroit ni de plus sot que le sauvage unitaire Varela, organe immonde de l'intervention étrangére.

[De »*L'Archivo Americano*» du 31 Mai dernier.]

death, *have all been omitted* in the case of Colonel Rodriguez." It require, an uncommon dose of barefacedness to lie and calumniate in such a manners above all when the only charge brought against the Police, (for it was impossible to bring any other) is that it did not have *the posture and appearance of the body* examined. But what would have been the use of this examination, if the rise of the river the very night of the event, had carried away the body from where it lay to the place where it was found? What deductions could be drawn from the position and apperance which this body would assume after the suicide? And the proof that the rise of the river was extraordinary that night, is afforded by the finding of the cane and hat, which appeared, the one three squares towards the south from the place where the body was found in the morning, and the other, six squares towards the North, almost opposite the Captainship of the port. The river then underwent the double crisis, produced by the change of wind, and by the increase of the waters which covered the highesi and most retired parts of the shore. This also explains the uselessness of the measures taken for finding the arm with which Colonel Rodriguez committed suicide. In these commotions, the waters of the river bring and mix up a considerable quantiy of sand, and it is natural to suppose that a pistol, which from its weight sinks in a soft soil, should disappear without leaving any trace.

Varela pretends, that these observations, »are the point of departure of the »judicial proceedings!» If it were so, the nine tenths of the researches which are practised in France and England would have no point of departure where there is scarcely a day on which some body is not found on the banks of the Seine or the Thames : and although the arms which have caused death are seldom found, this circumstance does not prevent suicide being distinguished from assassination, as it has been determinated by a greater number of proofs in the case of Mr. Rodriguez.

Another of Varela's questions is, who undressed the body, when, where, and why? We will satisfy him. No one thought of taking off the clothes in which he was found :—Neither the two Alcaldes who took him up from the place where he had been carried by the stream, nor the two Commissaries who deposited him in his own house, nor the servants who received him in tears. The two first examinations were effected without any thing being taken off or added to the suite he had worn on the day before : if the physicians said nothing of the clothes in their reports, it is not because they did not see them, but because, perhaps, there was nothing to be said concerning them.

Another evident proof, according to Varela, that Mr. Rodriguez died assassinated, is that the wounds were made by fire arms : and he reasons as follows—*The fact of hearing a shot may be true, but it will never be the most remote indication of suicide !* This borders upon imbecillity and insanity. Mr. Rodriguez was unfortunate : he had a loaded pistol which was not to be found where he generally kept it : two percussion caps were found in his pocket : he left his house the day on which he was to pay his creditors and prepare for the voyage he had announced : he went to the beach to walk through fields and amongst rocks where no one walks, and he there passed the whole afternoon and a part of the night alone, burned by the rays of the sun and threatened by a storm : soon after he was observed, the report of a fire arm was heard about that place, and next day he is found with the cranium pierced through with a ball of the same calibre as that of the pistol he had with him : and *all this may be true, without the fact of hearing a shot being ever able to be the most remote indication of a suicide !!!* But, let this case be submitted to all the *Coroners*, to all the judges of instruction, to all the juries of the world, and we will see whether, with half the number of these proofs they do not unanimously declare that it is most evident that he has committed suicide. And with greater reason here where are few examples of assassination committed with a fire arm. The pistol, the hatchet, the auger, the sword cane, all these instruments of homicide which Varela in his delirium has imagined, are not arms used in the country ; the only one which the wayward make use of and even those who are not, is the poignard, and cause an Arpidity and in front, as valiant men are in the habit of doing, bewith intregentine is not a coward, though he may cease to be virtuous.

We have named the *Coroner*, and it is not out of place to speak of his functions in England. In each one of the counties in which that kingdom is divided, four municipal officers of this name exist, encharged with the investigation of some special crimes. An individual dies, for example, with the suspicion that his death has not been natural : the *Coroner* accompanied by twelve neighbours and a Doctor taken indistinctly presides over the investigation of the body, he receives the information of the expert, speaks with the witnesses, and in order to free the family of the deceased from confiscation and from the shame of one of their relations being dragged and buried on a public road, according to an ancient law which has not been abolished, declares against his conviction, and almost always against the opinion of the witnesses, that the one who committed suicide did so in a state of derangement, and *by the visitation of God.* With this the judgment terminates ; nor are the steps multiplied on account of the condition of the deceased, however elevated his rank may be. When Lord Castlereagh attempted his life in his Castle of North Cray in the county of Kent, where there was no one but his house keeper and Doctor, the Coroner presented himself and asked the Lord's own Doctor, Who killed him? The Doctor answered that not having found him in his bed-room where he had been called, he went to look for him in his dressing room where he found him ; and that on entering, my Lord said to him : *Bankhead*, [this was the Doctor's name] *let me fall in your arms—All is over!* That he then perceived that he had a penknife in his right hand, strongly grasped and covered with blood. On falling he reclined to one side : the blood gushed abundantly from the wound, and a minute afterwards he was dead. After a conference which did not last half an hour, the Coroner, who had perhaps never seen the Lord until then, gave his verdict in these words.

»On monday the 12th of August, *and for some time before*, the right ho»norable Robert, Marquis of Londonderry, has been attacked by a serious »illnes which has occasioned delirium and derangement. In this state, he »has with a penknife *of iron and steel* opened a wound in the carotid artery »on the left side of the neck, an inch long and half an inch deep, from which »he instantly died. *He alone has been the cause of his death.*»

Let this summary proceeding be compared with what has been done for ascertaining and clearing up the suicide of Colonel Rodriguez, and let it be said on which side there has been more scrupulosity and wisdom. And we must not forget that in the case of Lord Londonderry the jurors proceeded according to the laws of England, and with the respect due to the Prime Minister, to the successor of Pitt. Nor was it then wondered at that no paper should be found in which the noble Lord manifested his intention of committing suicide, as Varela pretends to wonder at in the case of Mr. Rodriguez, to derive a new argument in support of his absurd imputation of assassination. In what criminalist has he read that the fault of a voluntary act and not inevitable, can serve to form charges and such serious charges against the innocent? For in all what Varela states there is not a single thing which can give his calumny the least hue of probability or verisimility.

What he writes against the Government does not deserve an answer, and we would be afraid of being wanting in the respect which we owe to General Rosas were we to undertake his defence. What motive could the Governor of Buenos Ayres have to injure one who had not injured him? To persecute our enemies, can be understood : not even this has General Rosas done, for he has generously pardoned and pardons those who have attempted his honor, his power, and even his existence. But to have our friends assassinated, those who have given us proofs of adhesion and have filled our desires and hopes, is so extravagant an idea, that it can onlybe harboured ina corrupted and perverse soul.

Even allowing all this to be true, he would have to allege the proofs of participation which he imputes to the Government of Buenos Ayres, in what he calls assassination. For if the Chief of Police has done what the laws of the country ordain, how can this crime be attributed to him or attach it to the Government? According to this, the robbery of Zimmermann's house, the death of Achinelli, the quartering of a Basque, and all the crimes which have been or are committed, ought to be the work of the Police and of the Government, because the Police has had and still has to do with them in the strict fulfilment of its duty.

The ruthless unitarian Varela will say, the case is very different : because with all those you have just named, there has been *no motive of state* nor political enmity.........And what was the motive of state or the political enmity existing betwen the Government of Buenos Ayres and the ex-Agent of Affairs of Bolivia? Had not Varela himself accused Colonel Rodriguez *of servility and prostitution to General Rosas, whom*, he has said, *he extolled in the most base manner in his official documents?*

Our readers must be fatigued with so many absurdities, and we are not less so. Let what has been said suffice then to conclude that, if calumniators have never been wanting in the world, there has never been a more stupid and extravagant one than the ruthless unitarian Varela, the base organ of foreign intervention.

[From the *Archivo Americano* of 31st. ultimo.]

¡Viva la Confederacion Argentina!
¡ Mueran los salvages unitarios !

Aviso al Público.

EL dia 27 del mes de América [Mayo] se ha perdido en direccion de la plaza de la Concepcion un atado conteniendo 5 vestidos, 1 de raso color jacinto, 1 de chalí claro, 1 de camoray de colores y otros de coco, 4 pañuelos del cuello, 1 chal blanco de gasilla y otras friolera; quien lo entregue en la merceria calle de la Piedad núm. 187 de San Miguel media cuadra para el rio sobre mano izquierda, será gratificado con ochenta pesos.

Junio 4 de 1847. j4—5p

Azafran de Castilla.

SE ha recibido una pequeña partida, que se venderá por lotes pequeños y á precios sumamente cómodos ; en la casa de remato de Federico Silva calle del Perú No. 10½ y 12. j4—tfs

Se vende

UNA casa para negocio, situada en el Pueblo de la Guardia del Monte, formando esquina, y dista cuadra y media de la Plaza, consta de 35 varas de frente y 35 de fondo, todo cercado de pared de ladrillo ; tiene un almacen de azotea con armazon y mostrador, otra tienda con mostrador y armazon tambien de azotea, cuatro piezas à la calle techo de paja, un galpon con techo de tabla y de fierro por encima, cocina, lugar y pozo de balde : ocúrrase para tratar á su encargado D. Federico Silva calle del Perú No. 10½ y 12. j4—tfs

Se necesita

UN matrimonio, el hombre para cocinero y la muger para planchadora y mucama, en la casa calle del Perú No. 12. j4—tfs

Se vende.

EN la Plaza de la Guardia de Lujan, tres solares con frente á la Plaza mirando al Este de 26 y media varas de frente, y 50 de fondo, compuesto de Esquina al Norte y otra al Sud, con 50 varas de fondo en ambos. Otros tres solares con las mismas varas de frente y fondo, y tambien dos Esquinas. El que se interese en su compra se verá con D. Juan Iruni, calle del Uruguay No. 1, encargado por el Ilustrisimo Señor Obispo Diosesano, para su venta en púb ica subasta al mejor precio, avisándose en oportunidad el dia del remate. j2—1mg.

Se vende

Una casa en la calle de Venezuela No. 286 con tres habitaciones todas de azotea, edificada en ocho y tres cuartas varas de frente al Norte y 70 de fondo, cocina pozo de balde de una excelente agua y como 20 árboles frutales, 1 parral en el primer patio, en un precio acomodado. j4—6p.

Bueyes

SE desea comprar una partida : el que tenga algunos y quiera venderlos, ocurra á la calle de Maypú No. 34. j4—6*

Se vende

UNA casa para familia con un almacen á la calle, para cualquier negocio, edificada en 17 varas de frente al Norte y 70 de fondo al Sud, en la calle de Potosí No. 198. La persona que se interese ocurra á la misma casa que encontrará con quien tratar. j4—6p

Aviso.

SE dán á réditos sobre fincas varias cantidades, desde 20,000 hasta 60,000 pesos. Para tratar ocurrase á la calle del Perú No 166.

SE ALQUILAN.

DOS cuartos, en el mejor parage para tienda ú otro cualquier ramo de industria, situados de la esquina de San Francisco para la del Colegio, calle de Potosí número 20 y 22. Tienen armazon y mostrador. Podrán tomarse juntos ó separados ; el que se interese, ocurrirá á la esquina mas inmediata, ó al número 135 de la misma calle, media cuadra de la Iglesia de San Juan para el rio. j4—3o.

Editor Responsable—
SANTIAGO KIERNAN—